



EPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 5.<sup>o</sup> — Madrid 15 de Febrero de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.	16 rs.
Seis meses.	30 "
Un año.	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.	2 1/2 ps. fs.
Un año.	4 "

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.	11 fr.
Un año.	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.	3 1/2 ps. fs.
Un año.	6 "

## IMPORTANTE

La Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se ha trasladado á la calle de Claudio Coello, esquina á la de Juan Bravo, Asilo de Huérfanos.—Teléfono núm. 429.

### SUMARIO.

TEXTO. — *La decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Carta de Roma*, por J. M. — *Los grabados*. — *Tradiciones de Tierra Santa*, por Manuel Polo y Peyrolón. — *Del culto á invocación de los Santos*, por Fray José Coll. — *El Museo Nacional de Pintura y Escultura*, por Vicente Poleró. — *La casa iglesia y la casa club*, por F. S. y S. — *Mis libros y yo*, por J. Marín Baldo. — *Muerte cristiana y muerte atea*, por R. T. Muñoz de Luna. — *El leproso*. — *El arte religioso*, por M. de A. — *Busquemos á Jesús*, por M. Ossorio y Bernard. — *Jubiléo sacerdotal de S. S. León XIII.* — *El Caldeo del hogar*, por Antonio Montenegro. — *Necrología*. — *Noticias*.  
GRABADOS. — *M. Tassin*. — *El frío*. — *Palacio de San Telmo en Sevilla*.

### LA DECENA

**L**a temperatura ha sufrido un gran descenso; hoy tenemos frío seco que amenaza nuestros pulmones y se ciñe á las sienes como una corona de hierro, mientras que cristaliza las aguas de los charcos. Todavía no se han helado el agua de las fuentes, ni la basura del estanque del Retiro, ni las arenas del Manzanares; pero al paso que vamos todo se andará, y ya es buen augurio ver á los madrileños con las narices en forma y color de berengena, y á los tenderos con las falanges de todos los dedos de las manos cuajadas de sabañones.

No para entrar en calor, sino para no ser víctimas del frío, los habitantes de Madrid andan apresuradamente de un lado para otro, ni más ni menos que los forasteros que acuden en busca de empleos para hoy ó de distritos para mañana. En ocasiones se escuchan bofetadas que se cambian entre el público, y que no son hijas del odio, sino del deseo de darse un calentón de manos.

No hay quien no se frote una contra otra, á riesgo de oír decir á los hombres de la situación:

— Eso es por el gozo de saber que estamos en el poder.

Ni quien deje de palmotear para producir una buena circulación de la sangre, á riesgo de que digan los autores inéditos:

— ¡Qué gran público para estrenar mi comedia!

En las perchas y guardarropas no ha quedado ya una sola prenda, y no falta quien medita en aumentar á su abrigo las mantas de la cama, arrolladas coquetonamente en forma de bufanda.

El frío ha hecho cambiar la fórmula del saludo. Si en épocas ordinarias se preguntaba invariable-

mente: ¿Qué hay de cosas? aludiendo al tema eterno de los españoles, ó sea el político; si en períodos de epidemia, á la pregunta ¿Qué hay de cosas? sustituyó la de ¿Qué hay de casos? hoy no existen preguntas, sino afirmaciones rotundas y categóricas

— ¡Valiente día! — dice uno.

— ¡Estamos en el polo! — agrega otro.

— En mi casa no se puede encender brasero, porque los carbones encendidos se hielan, y al revolverlos apagan á los demás.

— Estamos bajo cero desde hace días.

— Hombre, no valen alusiones políticas á los jefes de los partidos.

En muchas casas ha hecho su presentación el viajero del Guadarrama, que conocemos con el nombre de pulmonía, y no hay sala pública en que no se escuchan incesantes toses y ruidosos estornudos. El que se llame Jesús debe renunciar á salir de su casa, si no quiere verse azarado en sociedad oyendo decir á derecha é izquierda, por delante y por detrás:

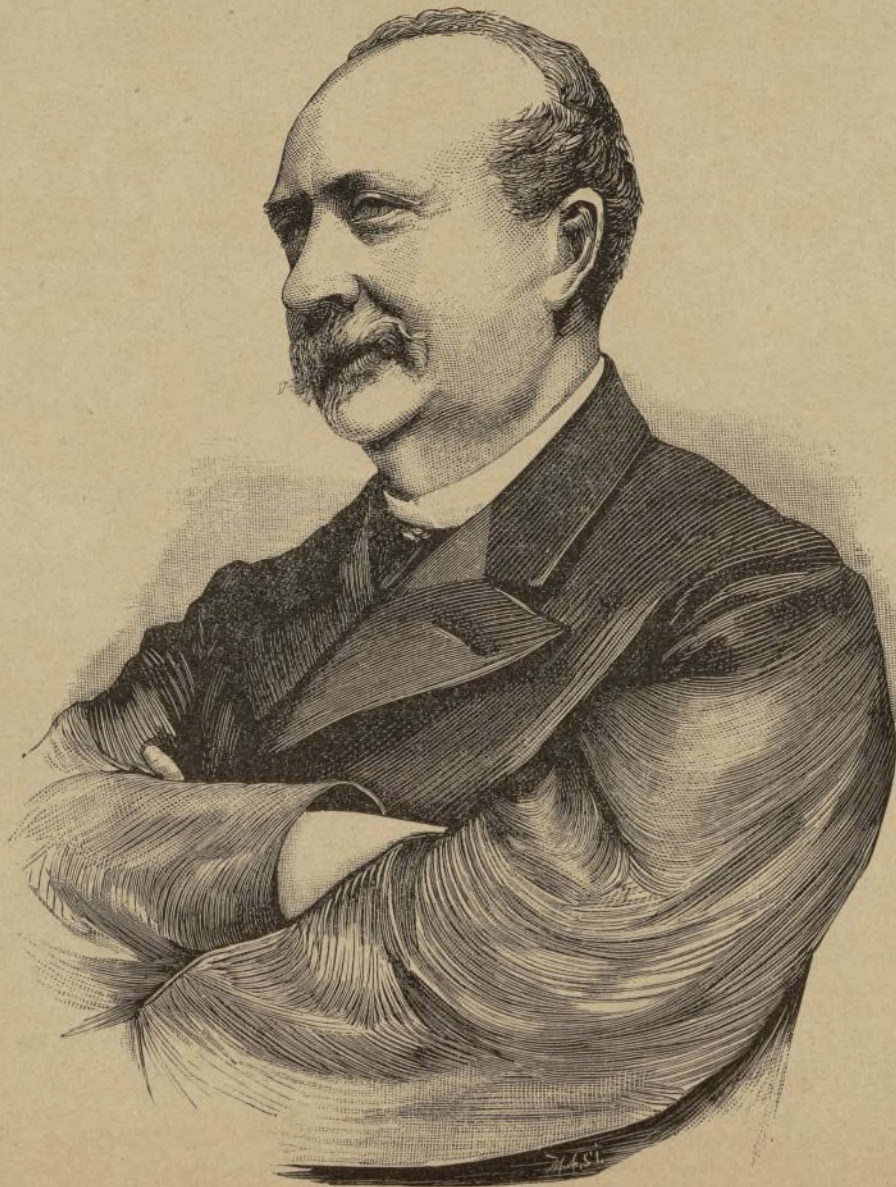
— ¡Jesús...! ¡Jesús...! ¡Jesús...!

Neptuno, el dios de las aguas, mira, en la fuente de su nombre, atascado su carro entre hielos; á Cibeles ocurre lo propio, y en plena Puerta del Sol no tienen mayor fortuna los pilones de la fuente central. Los depósitos conocidos en Madrid por *los pozos de nieve* están llenos desde hace quince días, y prometen un verano de sorbetes muy económicos; y para abrir una boca de riego suele ser necesario emplear el fuego, la navaja y el martillo.

El agua se hielan en los contadores de gas, y algunos aguadores han observado con asombro que aquella se había solidificado dentro de sus cubas.

Hoy nos calentamos leyendo descripciones de los fríos de Siberia, y el poeta cantor de *El Infierno* no consigue excitar nuestra atención ni mover nuestro interés cuando reseña aquel terrible lugar y los hielos sobre los que se deslizan los condenados.

Hace algún tiempo que, queriendo yo exagerar el frío que se sentía en Madrid, dije que en los pucheros puestos á la lumbre el caldo cocía en la parte inferior, y formaba en la superior una capa de hielo. Aquello, que era entonces una hipóbole, es hoy la cosa más natural y corriente, y creo que de aumentar algo el frío, si esto es posible, la criada tendrá que ir apartando de la hornilla las brasas que se quedan heladas.



M. TASSIN.



Después nos servirá el *menú*, en que figuren *bouillon frappé, des petits noisglacés*, etc., etc.

En estos días ni puede haber pasiones, ni cumplirse deberes, ni hablarse de nada, como del frío no sea. Este, dueño absoluto de todos los pensamientos y de todas las conversaciones, no permite la intrusión del arte, de la literatura, ni siquiera de la política.

El juego del calentamanos ha desterrado a los de prendas, y no es extraño que ocurran las más sensibles equivocaciones.

Por ejemplo: hoy ha sido preso un mozalbete, a quien la policía sorprendió con las manos en el bolsillo de un caballero. Los tribunales le juzgarán; pero indudablemente será absuelto, pues no es creíble que tratase sino de calentarse las manos.

\* \*

Ante el tema del frío, único de verdadera oportunidad, pierden interés todos cuantos pudieran ser objeto de una revista. Sin embargo, los hombres políticos de los partidos extremos han tenido humor, ya para tirarse los trastos unos, ya para reunirse en banquetes y festejar aniversarios históricos. Y en tanto que los absolutistas reproducen uno de los cantos del *Lutrin* de Boileau, y los republicanos almuerzan, comen y cenan para demostrar su consecuencia política, trece veces acreditada a costa del estómago y del bolsillo, el doctrinarismo liberal se pasa el tiempo produciendo discursos sobre discursos y mostrando verdadero empeño en desacreditar el sistema parlamentario. Hablar mucho, hablar sin descanso, hacer sudar primero a los taquígrafos, después a los impresores y últimamente al lector... he aquí el *desideratum* de muchos padres de la patria desde antes de serlo y mientras lo son. Jugar en todas las reuniones, formar parte de todas las comisiones, hacer discursos más largos que un día sin pan y rectificaciones de doble extensión que los discursos, trabajar la opinión en los pasillos, conquistar el voto de los vacilantes y estimular a los perezosos, ¡qué gran triunfo para los políticos! Aquí donde una oratoria de siete horas ha valido una cartera, no hay diputado que no sueñe con pronunciar un discurso de un día entero para caer rendido y jadeante en el escaño, por la esperanza de que acudan a él los porteros llevándole el uniforme de ministro.

Lo de los banquetes del día 11 me parece más lógico y filosófico que lo de los discursos de todos los días. ¿No aspiran los políticos a acercarse al festín del Presupuesto? Pues es preciso demostrar previamente que tienen las mejores aptitudes para ello, además de que estar en la oposición es estar de duelo, y los duelos con pan son menos. Para llevar el timón de la nave del Estado es preciso cobrar fuerzas, como el individuo de quien se refiere, que antes de ser personaje se comió en la taberna treinta docenas de pájaros fritos.

— ¿Solos? preguntará algún curioso.

— No, amigo mío, con una hornada de pan.

En el orden político se debe prescindir de toda clase de círculos y sustituirlos con fondas; cuando esto se realice sólo se escuchará por ahí:

— ¿Dónde nos veremos esta noche?

— En el Colmado.

— ¿Dónde quedan nuestros correligionarios?

— En el Sotaniello.

— ¿Y tus hijos?

— Comiendo siempre... Así aseguran su porvenir.

— Adios, amigo mío, ¿cómo come usted?

— Perfectamente... ¿y el estómago de usted?

— Menos mal que de costumbre; pero ayer, al concluir con el tercer capón del almuerzo, sentí cierto ardor...

— ¿Tomaría usted bicarbonato?

— No, señor, me tomé cuatro raciones de langostinos y me puse como un reloj.

— ¿Y hay crisis, como dicen?

— No lo creo; pues aunque se ha dicho que X formaría *comedor*, no me parece probable. ¡Hace un mes que sólo toma preparados de peptona!

\* \*

En el teatro Español se sostiene estos días la afirmación de que la humanidad entera es una colección de canallas, ligados unos a otros por miserables intereses; y para demostrarlo mejor, todos los personajes emplean un lenguaje rebuscado dentro del naturalismo más repugnante. El público que hace quince años silbaba al insigne Tamayo, sólo por sostener que muchos parecen y no son hombres de bien, ahora se rompe las manos a aplaudir, dando la razón en cierto modo al autor de la novísima y atrevida tesis. En los demás teatros sigue el desfile de piezas inspidas y repeticiones de revistas, y dentro de poco irán llegando los fenómenos de todas clases, destinados a suplir la falta de un verdadero

teatro español. ¿Cuándo llegará el día en que se anuncie el suspirado renacimiento de la dramática española, maltrecha por las osadías de algunos autores, la viciosa organización de las compañías y, digámoslo también, la complicidad del público en los ataques de unos y otros al buen gusto?

Porque ya va siendo urgente el remedio, casi tanto como la gravedad del mal señalado.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

## CARTA DE ROMA

Roma 9 de Febrero de 1887.



ON las alegres impresiones de viaje que se traslucían en mi última carta, y sumamente complacido con el recuerdo de la cariñosa acogida que tuvieron en Génova nuestros marinos españoles, he regresado con toda felicidad a mi habitual residencia en esta capital; pero ¡qué agitados he encontrado aquí los ánimos de los italianos, qué afectados por el temor de mayores infortunios, y sobre todo, qué irritados contra el Gobierno del Sr. Depretis! En los últimos días de Enero cundió aquí el rumor de que los italianos residentes en Massaua habían sido derrotados por los abisinios, y el rumor ocasionó desde luego una interpelación en la Cámara de Diputados; pero el Ministro de Negocios extranjeros lo desmintió sin vacilaciones, dando las mayores seguridades de que nada habían de temer los italianos por su incipiente colonia en Africa, pues dijo: «los cuatro ladrones que ahí tiene el rey de Abisinia no se atreverán contra nosotros, y en caso de atreverse, bien caro les habría de costar.» En esta declaración del Conde de Robilant, evidentemente echábase de ver un orgullo nacional muy pronunciado, pero el amor de la patria ciega a la mayoría, y apenas hubo quien dudó del fundamento que tuvieran las seguridades ofrecidas por el Ministro. No pasaron muchos días, sin embargo, y las tristes noticias se confirmaron ya de una manera absoluta; en los días 25 y 26 de Enero último los italianos residentes en las riberas del Mar Rojo habían sido atacados en las cercanías de Saati por los abisinios que no podían llevar en paz la ocupación del puerto de Massaua por los italianos; éstos habían sido derrotados; más de 400 soldados habían muerto; muchos estaban gravemente heridos. Excuso decir que semejantes noticias conmovieron e indignaron la ciudad entera; muchos se preocupaban por los deudos o amigos que tenían en Africa, muchos acudían a preguntar noticias en los centros oficiales; pero en éstos entró desde un principio tal confusión y tal desanimación que nadie logró saber lo que deseaba, y esta misma incertidumbre aumentó el pánico y el desconsuelo. Por la noche hubo pública manifestación hostil al Gobierno, a quien se dedicaron las frases más soeces y más infamantes; en los cuerpos colegisladores se multiplicaron las interpelaciones, y la prensa, excepción hecha de la oficiosa, se desencadenó contra el Gobierno, atacando en su mismo concepto la expedición italiana a Africa, con lo cual se hacía extensiva al antiguo Ministro de Relaciones exteriores, Sr. Mancini, la pública censura, y, por si este señor no se había enterado de ello por los periódicos, bien claro debió comprenderlo por los silbidos con que le saludó el populacho, y los mueras que dió a su paso por la plaza Colonna. La policía recibió órdenes apremiantes para cortar en su raíz toda manifestación pública, pero la excesiva severidad y rigor de que hizo alarde en esta ocasión contribuyó a excitar más y más las iras populares; pasen los cincuenta y más presos que se llevaron a la cárcel preventiva en el corto espacio de dos horas, pero lo que entiendo no pueden pasar son las malas formas, los puñetazos y el uso innecesario de armas, pues resultaron varios heridos por parte y culpa de los guardias de orden público y otros empleados del Ayuntamiento. Esta es la hora en que no se sabe de fijo lo que ha pasado en Africa entre los abisinios y los italianos, pues el Gobierno no ha lanzado al público los telegramas que hablan de la derrota sufrida por sus tropas, sino después de someterlos a su revisión y corrección; ¡tan graves son las noticias ya conocidas, que estremece pensar en las que todavía quedan por conocer! En los primeros momentos, después de conocido el desastre de Laati, se indicó que el Gabinete presidido por el Sr. Depretis iba a dimitir en masa; pero la urgencia de enviar auxilios de tropas y municiones al mutilado ejército italiano en Africa hizo comprender lo antipatriótico que hubiera sido en estas circunstancias provocar una crisis ministerial; además, el Sr. Depretis esperaba todavía lograr un voto de confianza de la Cámara de

Diputados, y al efecto llamó por telégrafo a cuantos diputados adictos al Gobierno se encontraban ausentes de Roma; pero sus esfuerzos no dieron buen resultado, pues mientras antes el Gobierno contaba con una mayoría de ochenta votos, el crédito supletorio, pedido de urgencia para poder enviar refuerzos a Africa, no fué aprobado sino con la escasa mayoría de treinta votos. En vista de esto, el Gobierno por fin ha dimitido, aunque ofreciendo al Rey seguir en el despacho de los asuntos urgentes hasta la resolución de la crisis; parece ésta ser muy laboriosa, pues ya van tres días y todavía no toman cuerpo las noticias sobre formación de nuevo Gabinete; el Rey ha conferenciado con varios prohombres políticos, figurando entre ellos algunos de la llamada pentarquía, por lo que se supone que Crispi y sus amigos entrarán a formar parte del nuevo Gabinete: quien se encuentra en peores condiciones es el grupo capitaneado por Robilant; así van las cosas del mundo! hace cosa de un mes se daba por cierto que era el indicado para recoger en día no muy lejano la herencia del Sr. Depretis, y he aquí que el fracaso de la expedición en Africa le inutiliza para siempre. Tal vez estén de enhoramala los intereses conservadores, pues el Conde de Robilant, a pesar de sus condiciones de carácter un tanto fuerte para el puesto que ocupa, ostentaba brillante hoja de servicios a favor de su país, y sus convicciones sinceramente monárquicas podían contrarrestar el incremento que en este país van tomando las ideas republicanas: para los intereses religiosos, desgraciadamente, lo mismo da manden los unos o los otros.

J. M.

## LOS GRABADOS

M. TASSIN.

M. Tassin, Secretario del Instituto católico de Francia, ha fallecido cuando entraba en la convalecencia de un cruel padecimiento al pecho, en que le habían asistido los Hermanos de San Juan de Dios.

El Instituto católico sufre con su muerte una gran pérdida por su puntualidad en el cumplimiento de sus deberes, su buen orden, su inflexibilidad reglamentaria y su erudición verdaderamente excepcional. Era profesor desde hace bastantes años del colegio de Carmelitas, encargado en la corrección de los temas latinos de los jóvenes eclesiásticos que aspiraban a la licenciatura en letras y estas correcciones le servían de pretexto para los más ingeniosos desarrollos. Su vida, en el mismo edificio del Instituto, era la de un monje y la de un obrero infatigable.

En su juventud y después de licenciarse en letras fué profesor de la Escuela de Carmelitas y al fundarse la Universidad católica, nadi fué juzgado tan digno como él para llenar las funciones delicadas de Secretario general.

EL FRÍO.

Asunto de indudable actualidad, no reclama ciertamente descripción alguna. En el artículo *La Docena* se consagran varios párrafos a la baja temperatura que sufrimos y de la que ofrece una fase la escena que representa el grabado.

PALACIO DE SAN TELMO EN SEVILLA.

Este edificio, que en su origen fué Escuela de Náutica, donde brillaron el insigne D. Alberto Lista y otros muchos profesores, honra de la ciencia Española, es hoy propiedad de los Serms. Sres. Duques de Montpensier.

El lápiz del dibujante hace innecesaria toda descripción de aquel suntuoso palacio, cuya fachada principal ofrecemos hoy a nuestros lectores.

## TRADICIONES DE TIERRA SANTA

I

PROEMIO



¿QUE persona piadosa no ha soñado alguna vez con la dicha de recorrer en peregrinación, de ver con sus propios ojos, de besar con sus propios labios los Santos Lugares de Tierra Santa? De mí puedo decir, que apenas empecé a manejar libros y a enfrascarme en lecturas de todo género (y era yo entonces casi niño), me encariñé con la idea de llevar a cabo las tres grandes peregrinaciones de los antiguos, a saber: Jerusalén, Roma y Santiago. Y Dios ha querido concederme ya dos de estos tres favores, pues en 1876 hincé mis rodillas junto a la *Confesión* de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y en 1881 besé las láminas de mármol que cubren el Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

Hace ya más de cinco años y aun mantengo vivas en lo más recóndito de mi alma las emociones que



sentí en cada uno de los Santos Lugares; claramente se conservan aún en mi memoria aquellos santos recuerdos; resuenan todavía en mi oído aquellas piadosas tradiciones, aquellos textos bíblicos y aquellas conversaciones edificantes, que fueron nuestro pan cotidiano durante nuestra peregrinación piadosa por la Judea, la Samaria y la Galilea.

Al regreso escribí y publiqué un librito, hijo más bien del corazón que de la cabeza, que por esos mundos corre con el rótulo de *Guía de Tierra Santa y relato de la peregrinación general española a los Santos Lugares en Octubre de 1881*. El título transcrito indica suficientemente la índole de aquella obra. Hay en ella apuntes para algo más sustancioso y ameno, y en diferentes ocasiones he tomado la pluma para coleccionar las tradiciones de Tierra Santa, que entonces me refirieron y que dispersas se hallan en varios autores; pero hasta el presente no he acometido tan placentera obra para el autor y quizás también para los lectores.

Porque ¿qué lector piadoso no oye hablar con gusto de Jafa, Rama, Jerusalén, Belén, Betania, Jericó, San Juan, el río Jordán, el mar Muerto, el monte de la Cuarentena, Nazaret, Tiberiades, el Tabor, el Carmelo, etc., etc.? ¿Quién no se estremera pensando que ha recorrido con sus rodillas y pies y regado con sus lágrimas las viviendas de Joaquín y Ana, de Jesús, María y José, de Zacarías, Isabel y Juan, de David y Salomón, de Lázaro, María y Marta; aquel sagrado retiro en que el Verbo divino se hizo carne y el arcángel Gabriel anunció a María Santísima que sería madre del Salvador del mundo; aquella cueva miserable en que nació de María Virgen el Rey de reyes y Señor de los que dominan; aquellas ruinas imponentes del grandioso templo en que confundió a los Doctores de la antigua ley; aquel Cenáculo sobre cuya mesa se instituyó el augusto Sacramento del altar; aquel huerto de Getsemaní, a la sombra de cuyos olivos tantas veces oró el Divino Maestro; aquella gruta de la agonia, que le vió sudar sangre por los pecados del mundo; aquel Pretorio en que el Justo de los justos fué condenado a muerte, vestido de real mojiganga y coronado de espinas; aquella cárcel de los azotes; aquel arco y balcón del *Ecce Homo*; aquella vía dolorosa ó calle de la Amargura, que selló tres veces con sus sacratísimas rodillas; la Puerta Judiciaria, el Calvario, el Sepulcro y monte Olivete? Yo, al menos, no sé hablar de los Santos Lugares sin que la emoción titile en mi acento y afluyan las lágrimas a mis ojos.

Confieso de buen grado que para experimentar estos santos afectos se necesitan fe y piedad, virtudes sin las cuales es ocioso recorrer la Tierra Santa. Y sin embargo, aquellos lugares benditos no sólo hablan al corazón del creyente, sino también a la cabeza del incrédulo. La demoledora crítica moderna, que ha tenido el atrevimiento de negar unas veces la divinidad de Jesucristo Nuestro Señor, como hace Renán, y de suponer otras que fué un mito, pues ni siquiera existió tal hombre, como sostiene Strauss, no había de perdonar a los Santos Lugares, que recuerdan la vida, pasión y muerte del Redentor, acerca del cual ha disparatado sin tiento. Y así es; los críticos incrédulos y enemigos de la fe cristiana niegan la autenticidad de los Santos Lugares, sin detenerles en su tarea destructora la consideración de que no hay hecho alguno, aun entre los vulgarmente aceptados por *históricos*, que reúna en su favor pruebas de más valer y más numerosas.

En efecto, la crítica más escrupulosa y descontentadiza reduce los argumentos probatorios de un hecho cualquiera a los tres siguientes: *tradicción, monumentos y documentos*, y para conceder a estos medios de prueba crédito absoluto exige: que la tradición sea constante, muy divulgada y el hecho tradicional público é insigne; que el monumento sea legítimo, de significación indubitable, y no opuesto a hecho alguno, tradición ó documento incontestables; y que el documento sea auténtico, íntegro y no interpolado. Pues bien; todos estos requisitos y todas estas pruebas demuestran la autenticidad de los Santos Lugares, sin que dejen el menor recelo en el ánimo más escéptico y menos religioso.

**Tradicción.** Los hechos acaecidos en cada uno de los Santos Lugares, que con tanta devoción visita actualmente el peregrino cristiano, no pudieron ser más públicos é insignes. Los apóstoles y discípulos no se separaban nunca del divino Maestro después de haber comenzado su predicación redentora; con El recorrían la Galilea, la Samaria y la Judea, subían á Jerusalén, cruzaban sus calles, bajaban á Getsemaní; salvando el torrente Cedrón y el valle de Josafat, subían al monte de los Olivos, bajaban á Betania, Jericó y el Jordán é iban y venían en todas direcciones y por todas partes; en presencia de los apóstoles y discípulos, y á veces de turbas numerosas que le seguían, realizó milagros estupendos;

curó al paralítico de la piscina Probática, que *no tenía hombre*; dió vista á un ciego de nacimiento en la de Siloc, resucitó al hijo de una viuda en Nain y á Lázaro en Betania, convirtió el agua en vino en las bodas de Caná, dió de comer á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, calmó una tempestad en el lago de Tiberiades, se transfiguró en el Tabor, etc., etc.; Jerusalén entera, la ciudad deicida, presencié las terribles escenas de la pasión y muerte del Salvador; le vió pendiente del afrentoso madero sobre el cabezo del Gólgota y tuvo noticia del sepulcro nuevo, en el cual había sido depositado su sacratísimo cadáver; públicos y notorios fueron también para los apóstoles y discípulos los misterios augustos de la Resurrección y Ascensión de Jesús á los cielos y de la venida del Espíritu divino sobre el Cenáculo; y nada hay en esta epopeya sublime de la Redención del género humano, para decirlo de una vez, que no fuese público, insigne hasta cambiar radicalmente la faz del mundo y que no se divulgase por la redondez toda de la tierra.

Todos estos asombrosos acontecimientos se verificaron en lugares determinados, que los testigos presenciales no pudieron olvidar nunca, que conocían perfectamente los primeros cristianos y visitaban con frecuencia; y que una tradición constante, jamás interrumpida, ha marcado siempre con caracteres indelebiles, de generación en generación, hasta nosotros.

«Sólo una reflexión haré aquí, dice monseñor Mislin<sup>1</sup>, á este propósito: estoy íntimamente convencido de que un cristiano que ha visitado el Calvario, Getsemaní y la gruta de Belén, antes se olvidaría de sí mismo, que se borre de su memoria el recuerdo de aquellos lugares sagrados; impresionan de tal modo, contémpanse tan minuciosamente sus pormenores y se graban tan hondamente en la memoria y en especial en el corazón, que muchos años después de haberlos visto, podríanse aún dibujar exactísimamente y enseñarlos á otros. Ahora bien, ¿qué son dos mil años? Suman la vida de cuarenta personas que, de medio siglo en medio siglo hubieran podido visitar los Santos Lugares en su juventud, y al morir enseñarlos á sus sucesores, como una herencia santa. Y dígame ahora: ¿es posible suponer que entre los millones de cristianos que han vivido en Palestina, desde Jesucristo hasta ahora, no se han encontrado dos en cada siglo que reunieran tales condiciones?»

Las tradiciones judaica y musulmana son complemento y corroboración la más concluyente de las tradiciones cristianas. Los cristianos conservaron y transmitieron de padres á hijos los hechos memorables de la vida, pasión y muerte del Salvador, de su Madre Santísima, de su padre putativo, de los apóstoles, discípulos, etc., por devoción y amor; los judíos por odio y por una especie de fatalidad providencial, que impone á este pueblo desventurado el castigo de ser perpetuo testimonio de lo mismo que aborrece y niega; y los musulmanes por respeto y codicia. En toda Palestina se encuentran judíos, que recuerdan perfectamente las tradiciones cristianas, referentes, tanto á hechos como á lugares, y que se complacen en llenar éstos últimos de inmundicias. Sabido es que los mahometanos respetan á Issa (Jesús) como un gran profeta, precursor de Mahoma, y tienen especial devoción á Miriam (María), sin que una y otra cosa sean obstáculos para que exploten á los cristianos y comercien con los Santos Lugares, que la Providencia divina ha puesto en sus manos.

**Monumentos.** También éstos vienen en apoyo de la autenticidad de los Santos Lugares, y no con presunción é indicios, sino de la manera más clara y solemne. Desde los tiempos apostólicos reuníanse los primeros fieles para orar en el Cenáculo, que fué la primera iglesia de la Cristiandad, santuario augusto en el que fué instituido el Sacramento del Amor, se dejó ver el Espíritu consolador en forma de lenguas de fuego, se verificó la elección del Apóstol San Matías en reemplazo del traidor Judas, y tuvo lugar el primer Concilio; en el Calvario; en el Sepulcro, al que se daba el nombre de *Martyrion*, que quiere decir testimonio; en la gruta de la Agonia, en la de Belén, etc. Todas estas reuniones y oraciones soliviantaron á los enemigos de la nueva religión hasta el punto de que el emperador Adriano mandó enrunar y desfigurar los Santos Lugares, colocando la estatua de Venus sobre el Calvario, la de Júpiter sobre el Santísimo Sepulcro y la de Adonis sobre la cueva de Belén, «para que, decían los bárbaros perseguidores, una vez que ni las amenazas, ni los más duros tratamientos pueden ale-

jar de aquellos lugares á los cristianos, parezca al menos que rinden adoración á las deidades.»<sup>2</sup> Y véase cómo, por inescrutables designios de la Providencia divina, los ídolos paganos sirvieron de monumentos elocuentísimos y de testigos mayores de toda excepción, para probar la autenticidad de los tres más Santos Lugares del Cristianismo.

Sobre muchos de estos lugares benditos construyeron ermitas y templos los primeros cristianos; pero, cuando á principios del siglo IV Constantino dió la paz á la Iglesia, su misma madre la emperatriz Santa Elena recorrió la Palestina construyendo santuarios y levantando iglesias magníficas sobre los lugares santificados por el Redentor del mundo, algunos de cuyos monumentos subsisten aún, conservándose las ruinas de otros, y la tradición de muchos. Ciertamente no pueden atribuirse á Santa Elena tantos edificios religiosos como hoy día dice el vulgo en Tierra Santa, que construyó; pero por Nicéforo, monje é historiador del siglo XIV, sabemos que la piadosa Emperatriz hizo levantar iglesias, más ó menos grandes y suntuosas, en el Calvario, en el Sepulcro, en la gruta de Belén, en monte Olivete, en el sepulcro de la Virgen, en Getsemaní, en Betania, en el Jordán; en el lugar de la multiplicación de los panes y peces, en Tiberiades, en el Tabor, en Nazaret, en Caná, en el Cenáculo y en casa de Caifás. El mismo Constantino hizo construir uno en Heliópolis y otros en diferentes lugares<sup>3</sup>.

(Continuará.)

M. POLO Y PEYROLÓN.

## DEL CULTO É INVOCACIÓN DE LOS SANTOS

EN uno de los días del mes de Diciembre del año último, si la memoria no nos es infiel, celebrábase en la iglesia parroquial del barrio de Chamberí una solemne función religiosa; cuando de improviso vióse aquella casa de Dios invadida por una turba de sectarios que con desaforadas voces protestaban contra el culto católico, haciendo sacrilega mofa de la invocación de los Santos, y entregándose á otros desafueros propios de un país salvaje. No es á nosotros, oscuros levitas, á quienes incumbe el recabar del Gobierno una protección más eficaz para el libre ejercicio de la Religión católica, que al fin y al cabo es la que profesa la inmensa mayoría de esta nación sin ventura; personas más autorizadas gestionarán, así lo esperamos, á fin de que no se reproduzcan impunemente tan repugnantes escenas; entre tanto nosotros, deseosos de ganar alguna alma para el cielo, resumiremos hoy en breves palabras la doctrina católica acerca del culto é invocación de los Santos.

Los ministros de la Reforma (!) predicán con sin igual desenfado que la confianza que los católicos ciframos en la intercesión de los Santos, y, en general, todo cuanto se relaciona con el culto externo, no es otra cosa más que un plagio del paganismo; todo superstición, idolatría y pecado.

Muchos cargos se condensan en la sobredicha acusación: veamos cómo les salen á los tales ministros completamente fallidos, ó mejor dicho, contraproducentes. Nadie puede dudar, que así como el amar á la criatura por el Criador es bueno y preceptuado principalmente por Jesucristo, del mismo modo deberá necesariamente ser bueno el amar é invocar á los Santos, amigos de Dios, y por cuyo respeto recurrimos á ellos.

Para comprender bien esta importante tesis, preciso es tener presente que á Dios se le venera y adora en dos modos: en sí mismo y en sus Santos; que así como la caridad tiene dos actos, uno primario, con el que ama á Dios en sí, y otro secundario, con el que ama á la criatura, pero en orden á Dios, de la misma manera la Religión tiene dos actos: uno primario, con el cual da culto á Dios en sí mismo, y otro secundario, que se dirige inmediatamente á los Santos, pero en orden á Dios, ó sea por resplandecer en ellos un destello de las divinas perfecciones.

Desde luego la costumbre de venerar á los mártires celebrando sus festividades, podemos asegurar que trae su origen de la cuna misma del Cristianismo. Consta, en efecto, haber estado en uso desde los tiempos apostólicos el hacer memoria de algunos mártires en el Santo Sacrificio de la Misa; lo mismo que el anotar el día de su martirio, al efecto de poder celebrar solemnemente todos los años la festividad de su triunfo, como lo atestiguan San Ci-

<sup>1</sup> Citado por los Sres. Fernández Sánchez y Freire Barreiro en su preciosa y fundamental obra *Santiago, Jerusalén, Roma*, tomo II, páginas 129 y 130.

<sup>2</sup> *Santiago* etc., tomo II, pág. 136.

<sup>3</sup> Véase el pasaje íntegro en la obra *Santiago, etc.*, tomo II, página 132.



priano en las epístolas XXXIV y XXXVII; San Cirilo jerosolimitano. Catech. V, mystag.; Eusebio, lib. IV, Histor., c. XIV, y otros. Por eso los Santos Padres ora suponen, ora terminantemente enseñan, que los bienaventurados en el cielo ruegan por nosotros los que vivimos en la tierra; si bien más principalmente lo hacen por aquellos que procuran imitarlos con el ejercicio de las buenas obras, máxime de aquellos que fueron como los favoritos de los mismos Santos durante el curso de su vida mortal.

San Basilio el Grande, tratando en la homilía XX de los cuarenta mártires de la Armenia, dice hablando con todos nosotros: «Aquel que se sienta oprimido por alguna angustia recurra á estos Santos mártires; y el que estuviere alegre haga también oración á los mismos; el primero para que le libren de sus males, y el segundo para que persevere en su felicidad y contento.» San Cirilo de Jerusalén, Catech. V, mystag., habla de esta suerte: «En el sacrificio incruento hacemos mención de los Profetas, Apóstoles y Mártires, para que por sus oraciones y deprecaciones escuche Dios nuestras súplicas.»

Se objeta que San Pablo improbó el culto de los ángeles, cuando en su Epístola á los colosenses, cap. II, v. 18, escribía: «Nadie os seduzca, afectando en humildad, dar culto á los ángeles.» El culto que aquí condena el Apóstol es el de ciertos herejes de su tiempo, los cuales enseñaban que el mundo había sido criado por los ángeles, y que por ellos debíamos tener acceso y comunicación con Dios, y no por Jesucristo. Dice, pues, muy bien el gran Doctor, cuando dirigiéndose á los colosenses les amonesta que no se dejen engañar de los que con apariencias de humildad fingen dar culto á los ángeles, no siendo éste más que un culto falso é idolátrico.

Después de la muerte de nuestro Redentor, se levantó entre otras una secta de judíos, los cuales introdujeron un culto supersticioso tributado por arte mágica, no á los ángeles buenos, sino á los malos y rebeldes, á los espíritus malignos, por lo cual no es de extrañar que los principales atletas de la Religión dieran á los pueblos la voz de alerta para que no se dejaran seducir. ¿Se entiende ahora á San Pablo?

Lo que en este punto enseña la católica doctrina es, que si en lo esencial y absoluto es suficiente para alcanzar la salvación el invocar á Dios sola y exclusivamente por Jesucristo, que es el verdadero y natural Mediador, no bastará en modo alguno esta invocación para aquel que juzgue y sienta mal del patrocinio de los Santos, por cuanto con ello se opondrá á uno de los dogmas de nuestra santa fe, viniendo por consiguiente á precipitarse en la herejía. Y aun conviene añadir, que si la invocación de los Santos no es indispensable *per se*, para obtener la vida eterna, algunas veces puede no obstante suceder que por divina ordenación y admirable providencia del Señor sea del todo necesaria. Por eso decía San Agustín en los sermones I y IV *De Sanctis*: «Si Esteban no hubiese orado por Saulo, la Iglesia no contaría hoy entre sus hijos á este gran Santo.» Es la verdad, y si se nos pregunta la razón de ello, contestaremos simplemente, porque tal hubo de ser el beneplácito divino, determinando que por este medio y no por otro alguno viniera Saulo de las tinieblas á la luz.

Ahora, sin salirnos un punto de la Sagrada Escritura, veamos si es posible hallar en ella pruebas evidentes de que Dios mismo ha enseñado á los hombres á invocar á los Santos. Dice el Señor por boca de Isaías: «Amparé á esta ciudad, y la salvaré por amor de mí, y por amor de David mi siervo 1.» ¿Qué más pudiéramos desear? Si el mismo Hacedor canoniza una tradición tan venerable por su antigüedad, como meritoria y provechosa al linaje de Adán, ¿quién osará contrariarla? En aquella sazón David había muerto ya; y con todo, el Omnipotente lo propone como medio adecuado de propiciación.

Volved la hoja; aplicad, si queréis, este poder de intercesión á los justos de la tierra, y el resultado será idéntico. Job vivía en el mundo hecho un retablo de lástimas, y por sus ruegos aplacó Dios su enojo contra los amigos que cruelmente le denostaban: «Job mi siervo, dijo el Señor, hará oración por vosotros; tendré atención á él, para que no os sea imputada esta necedad 2.»

Continuemos; Salomón, con quien, por más pagados de sí mismos que los ministros protestantes estén, suponemos que no se han de atrever á ponerse en parangón; Salomón, decimos, invocaba en sus oraciones el nombre de David su padre: «Señor Dios, decía, no apartes el rostro de tu ungido;

acuérdate de las misericordias de David tu siervo 3.» A su vez los tres mancebos lanzados á las llamas del horno de Babilonia, imploraban la misericordia del Altísimo, invocando la memoria de los tres grandes Patriarcas de Israel: «No apartes, decían, tu misericordia de nosotros, por amor de Abraham tu apado, y de Isaac tu siervo, y de Israel tu santo 4.» De igual modo dijo Dios á Isaac: «Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, que yo estoy contigo; te bendeciré, y multiplicaré tu posteridad por amor de mi siervo Abraham 5.» Aquí nos enseña la Majestad divina cuánto se complace en otorgar mercedes por los méritos de los Santos, sin duda para que tengamos confianza en su intercesión, y los invoquemos en nuestras necesidades.

Hablando Moisés con Dios en el Monte Sinai, díjole: «Acuérdate, Señor, de Abraham, de Isaac y de Israel, tus siervos... Y aplacóse el Señor para no hacer contra su pueblo el mal que había dicho 6.» Sigue todavía. Mientras el Sumo Sacerdote Onías oraba en el templo por la salud del sacrilego Heliodoro, dos hermosísimos mancebos, que serían de cierto dos ángeles, se aparecieron al segundo de aquellos y le dijeron: «Da gracias á Onías el Sacerdote, pues por amor suyo el Señor te ha dado la vida 7.» Pues si aun los que viven en este mundo desarmen de tal suerte el brazo vengador del Eterno, ¿cuánto mejor lo harán después que hubieren pasado á ser ciudadanos de la bienaventurada patria?

Saltemos si se quiere á otro Libro, que por la gracia de Dios no escasea la materia en uno y otro Testamento. El ángel San Rafael habló á Tobías de esta suerte: «Cuando orabas con lágrimas, y enterrabas los muertos, y dejabas tu comida, y escondías de día los cadáveres en tu casa y de noche los enterrabas, yo presenté tu oración al Señor 8.» Luego si los ángeles tienen noticia de lo que pasa en el mundo, y presentan nuestras oraciones al Señor, ó lo que es lo mismo, si ruegan por nosotros, otro tanto se ha de decir de los Santos, los cuales, según San Mateo (XXII, 30,) *son como ángeles de Dios en el cielo*; ó como se expresa San Lucas (XX, 36), *son iguales á los ángeles*.

Y por lo que respecta al Nuevo Testamento, he aquí cómo se explica San Juan: «Y vino otro ángel, y se paró delante del altar, teniendo un incensario de oro, y le fueron dados muchos perfumes para que pusiese las oraciones de todos los Santos sobre el altar de oro, que estaba en el trono de Dios 9.» ¿Qué son los perfumes más que las oraciones de los Santos, que gozan ya de las delicias del cielo, ó si se quiere también de los justos que viven sobre la tierra? Así lo declara el mismo San Juan en aquella visión de los cuatro animales y veinticuatro ancianos, de los cuales dice: «Se postraron delante del Cordero, teniendo cada uno arpas y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los Santos 10.»

Vamos adelantando, que nos urge el tiempo y no es posible decirlo todo en un solo artículo. «Orad los unos por los otros, dice Santiago, para que seáis salvos; porque vale mucho la oración asidua del justo 11.» Si tanto vale, pues, la oración perseverante del mortal cuando éste es justo, ¿cuánto más valdrá después que hubiere sido glorificado? Y si pudo el mismo favorecernos en el triste estado de viador, ¿cuánto más fácil le será hacerlo en el estado de comprensor? Y el Príncipe de los Apóstoles escribe: «Tendré cuidado, que aun después de mi muerte, podáis tener memoria de estas cosas 12.» Son documentos que San Pedro daba á los fieles para que perseverasen en el bien, y no se concibe que pudiera tener el cuidado á que allí alude, si no esperara ejercitar en el cielo su intercesión en favor de los mismos.

Sin necesidad de abrir las Sagradas páginas, donde tan repetida y explícitamente se enseña la invocación de los Santos, como acabamos de dejar demostrado; en las mismas Catacumbas de Roma encuentran los eruditos no contaminados por el fanatismo de secta pruebas, las más incontestables, de haberse creído y usado siempre en la Iglesia de Dios este dogma consolador.

En el cementerio de Gordiano y de Epímaco se descubrió en 1694 un sepulcro que contenía el cuerpo del mártir Sabacio, con esta inscripción:

SABBATI. DULCIS. ANIMA. PETE. ET. ROGA,  
PRO. FRATRIB. ET. SODALIB. TUIS:

- 1 II Paral. VI, 42.
- 2 Dan. III, 33.
- 3 Genes. XXVI, 24.
- 4 Exod. XXXII, 13 y 14.
- 5 II Mach. III, 33.
- 6 Tob. XII, 12.
- 7 Apoc. VIII, 3.
- 8 Ibid., V, 8.
- 9 Jacob V, 16.
- 10 II Petr., I, 15.

«Sabacio, dulce alma, ora é intercede por tus hermanos y tus compañeros.»

Testimonio es éste del todo irrecusable para demostrar que los primeros cristianos tenían fe en la intercesión de los mártires.

En el cementerio de San Calixto hay otra inscripción que se remonta igualmente al primitivo tiempo de la Iglesia, y es como sigue:

ATTICE. SPIRITUS. TUUS

IN. BONV. ORA. PRO. PAREN

TIBUS. TUIS.

«Ático, tu espíritu está en la bienaventuranza: ruega por tus padres 1.»

Finalmente, nos place cerrar este artículo con dos autoridades sacadas de entre los mismos protestantes. Es la primera de Ecolampadio, principal discípulo de Zuinglio, el cual, comentando un sermón de San Juan Crisóstomo sobre Juvenal y Máximo, mártires, así discurre: *Los Santos que en el cielo están inflamados de caridad no dejan de interceder por nosotros*.

La segunda autoridad es de Melanchthon (Manlii, fol. 152), el cual dice lo siguiente: *No hay duda que los Santos que están en el cielo se muestran cuidadosos de los que vivimos en la tierra*.

FR. JOSÉ COLL.

## EL MUSEO NACIONAL

DE PINTURA Y ESCULTURA.



MERECEDOR de aplauso será siempre cuanto se escriba encaminado á extender y popularizar el conocimiento de las bellas artes, no sólo por los beneficios que puedan producir al público en general, como por contribuir al desenvolvimiento del buen gusto.

Sentada esta premisa, consideramos, por el contrario, dignas de severa censura aquellas personas que, sin conocimientos adecuados, se complacen en propalar equivocados conceptos por el prurito de criticarlo todo, ó porque no se realiza lo que sólo ellas tienen la presunción de conocer.

Háse venido diciendo hasta hoy por varios críticos que el mejor de los edificios de Madrid destinado á templo de las artes no reúne las condiciones precisas á que fué destinado, y que, por lo tanto, el gran número de obras que contiene no pueden disfrutarse con la comodidad apetecible, ni menos estudiarse, dadas las malas condiciones de luz que reciben; añadiendo (y esto es lo más grave) que muchos de los cuadros, además de estar detestablemente colocados, se encuentran desmerecidos por consecuencia de torpes mal dirigidas restauraciones.

Estas lindezas, que acaso mal intencionados críticos han propalado en revistas, periódicos y libros, fueron refutadas á su tiempo, como se merecían, por el erudito y entendido autor del catálogo del Museo del Prado D. Pedro de Madrazo, no sólo respecto de la dirección, sino de los modestos artistas que componían la sala de restauración.

El que suscribe, restaurador que fué del Museo, y conocedor además de todas las obras distribuidas en las diferentes salas del mismo por haberlas pasado por su mano cuando el penúltimo arreglo se hizo, de creer es que pudiera tener motivos para atestiguar el verdadero estado de conservación de todas ellas, y también para permitirse hablar con algún conocimiento de causa, si no ya obligado en cuanto fuera dable á hacer ver lo equivocado de los conceptos propalados. Por lo tanto, y sólo guiado de un desapasionado impulso á raíz de la revolución de 1868, creyendo oportuna la ocasión, publicó un folleto titulado: «Breves observaciones sobre la utilidad y conveniencia de reunir en uno solo los dos Museos de pintura de Madrid y sobre el verdadero estado de conservación de los cuadros que contiene el Museo del Prado.» Madrid, 1868.

Convinendo á nuestro propósito, transcribiremos algunas páginas del indicado estudio.

«Como quiera que la radical revolución llevada á cabo en nuestra España haya hecho tomar una nueva faz á todos los asuntos, así políticos como administrativos del país, empezaremos por indicar algunas de las grandes reformas que en nuestro juicio pudieran realizarse en materia de bellas artes, sin perjuicio de ocuparnos después, por ser un punto de suma importancia, del verdadero estado de conser-

1 Estas y otras inscripciones semejantes pueden verse en las *Conferencias sobre las doctrinas y prácticas más importantes de la Iglesia católica*, por el Cardenal Wiseman, edic. de Madrid, 1851, t. II, páginas 280 y 281.

1 IV, Reg., XIX, 34.

2 Job. XLII, 8.



vación de los cuadros que forman el Museo del Prado.

De desear sería, por la utilidad que bien pronto habría de refluir en beneficio de las artes y de los que á ellas se dedican, que se comenzara por incorporar desde luego al que ayer fué Museo Real el Museo Nacional, enriqueciendo al propio tiempo este vasto emporio de preciosidades artísticas con otros muchos objetos curiosos y de provechosa consulta.

El Museo de pintura del Prado es por sí solo ya, con los tesoros que contiene, el más numeroso y rico que se conoce en Europa, pudiendo con razón asegurarse que tan notable monumento, bien así que la justamente célebre Armería, depósito sagrado de nuestras pasadas glorias, son por estos conceptos los dos únicos centros que por su importancia artística excitan la universal admiración, y han sido siempre visitados por los extranjeros.

Las firmas estampadas en los registros del Museo de pintura acreditan la entrada constante y progresiva de los artistas, hombres de saber y aficionados, que diariamente acuden á visitar y contemplar nuestras riquezas de arte, y el considerable número de copiantes ocupados de continuo en reproducirlas, por mera afición los unos, por vía de estudio los otros, y no pocos por virtud de encargos que del extranjero reciben, prueban evidentemente la importancia del Museo y el beneficio inmenso que por tantos conceptos de él se reportan.

Aumentar esa importancia que ya tiene, y extender hasta lo infinito los recursos que para el estudio de la historia del arte puede prestar, acumulando nuevas joyas de muy pocas personas conocidas, sería á no dudarlo un gran paso en el camino de las mejoras y un triunfo más sobre los nuevamente conquistados.

La especial circunstancia de haberse destinado para Museo Nacional de pintura por falta de otro local más adecuado al objeto el suprimido convento de la Trinidad, donde á la vez se hallan establecidas las oficinas del ministerio de Fomento, ha sido causa de la interesante colección de cuadros que lo constituyen, casi todos de autores españoles, no se haya podido disfrutar y estudiar cual se merece por los muchos artistas y aficionados que desde 1839 lo han venido solicitando.

Estas dificultades invencibles hasta de ahora quedarían subsanadas hoy fácilmente, reuniendo como se tiene dicho en uno solo ambos Museos.

Procedamos, pues, aunque de pasada, á indicar los medios de realizarlo, demostrando al propio tiempo las ventajas que en beneficio de todos pudieran conseguirse con tan deseada como necesaria fusión.

Es una verdad incontrovertible que el Museo del Prado descuella sobre todos los conocidos (como más adelante tendremos oportunidad de probar) por el número y calidad de sus obras, así como también por su inmejorable estado de conservación; pero no es menos cierto que se advierten en él grandes lagunas en lo tocante á la historia del arte en general, y á las vicisitudes por que necesariamente ha venido atravesando hasta llegar á su completo desarrollo y apogeo.

Para llenar estos claros y completar en cuanto sea dable el número de las escuelas conocidas, la ocasión no puede presentarse más propicia. La antigua escuela española, ó mejor dicho, los pintores españoles que en gran número florecieron en el siglo xv, no son conocidos, puede decirse, de la mayor parte de los artistas nacionales y extranjeros, excepto los que hayan visitado las Iglesias, Conventos y Catedrales de España, y los Museos provinciales, especialmente el de Valencia, que posee una numerosa colección de tablas españolas del siglo xv y acaso anteriores algunas de ellas, de que no hay ni un solo ejemplar en el Museo del Prado, si bien cuenta unas cuantas el Museo Nacional.

Igual vacío se nota con relación á las escuelas del Norte, registrándose únicamente alguno que otro ejemplar de la madre, ú origen de todas ellas, la Italiana.

Repartidos como se acaba de decir entre los templos y Museos provinciales, encuéntranse curiosos y por demás interesantes documentos para la historia de la pintura. Muchos ejemplares conocemos que pudieran ser de provechosa y reconocida utilidad para el objeto, y que una vez trasladados al gran Museo Nacional, llegaría con ellos á completarse, ya que no todas, al menos la escuela española.

Esta medida ofrecería desde luego dos importantes resultados: el primero, que no siendo hoy los dos Museos separados más que unas ricas colecciones de pinturas, y por lo tanto inmerecedores de aquella calificación, reunidos ambos y robustecidos con las agregaciones oportunas, entonces y sólo entonces vendrían á formar un verdadero Museo; el

segundo, que á merced de este acertado consorcio, serían bien pronto estimados y conocidos en lo que valen nuestros artistas, á la vez que se haría un señalado servicio al arte y á la nación en general.

Con la reunión de los dos Museos, con algunos cuadros de los Museos provinciales, á cambio se entiende de otros que los mismos no conocen, y con los de la Academia de San Fernando, y con los que en no menor número andan diseminados por algunos templos de España, y que pudieran canjearse por otros parecidos, si no todos, al menos aquellos cuya traslación no ofrezca inconvenientes graves, se salvarían muchas preciosidades que abandonadas unas, pasto de la polilla otras, y todas más ó menos relegadas á perpetuo olvido, yacen en ocuros y apartados rincones.

Esta medida, de difícil ejecución antes de ahora, puede hoy realizarse sin grandes trabajos ni dispendios.

Lejos de nosotros la idea de acumular en un punto dado todos los objetos que, llamando la atención de los viajeros, comunican cierta vida y dan mayor importancia á las localidades que los poseen; pero al paso que juzgamos inconveniente esa centralización artística, creemos que estableciendo recíprocos cambios entre las provincias, pudieran traerse objetos que no son aquí conocidos, y enviarse otros cuya existencia ó al menos su importancia es allí ignorada. Los artistas en particular, y los hombres estudiosos en general, tendrían sobrados medios de dar ensanche á sus conocimientos; y por último, esos grandes núcleos de las artes en las provincias llegarían á ser verdaderos Museos donde la juventud encontrase sabroso y abundante pasto de recreación y de estudio.

El edificio consagrado hoy á la custodia y conservación de los cuadros, aunque sin condiciones para el objeto á que fué destinado, es susceptible, sin embargo, de mejoras y de aumento de local mediante una dirección acertada.

Sus espaciosos salones contienen muchas preciosidades y no pocas maravillas de artes, pero también registran grandes medianías y muchas obras de un mismo autor.

Para hacer constar la existencia de los artistas menos principales, bastaría conservar dos ó tres de sus obras, reservándose los huecos que las demás dejaran para dar cabida á las que ingresasen procedentes de los cambios enumerados. Con el aumento de los nuevos salones y galerías de paso, que sin grandes gastos pudieran fabricarse utilizando la parte no edificada del Museo del Prado, y con otros locales que en él existen, como son las habitaciones altas y salas de restauración, tendríase espacio más que sobrado para dar cabida á casi un doble número de cuadros de los expuestos actualmente.

Con esta reforma, el edificio para Museo y Bibliotecas, cuyos cimientos están echados, pudiera destinarse no sólo para estas últimas, sino también para Museo Arqueológico, Contemporáneo y salón de Exposiciones de Bellas Artes.

No sólo á los cuadros debería concretarse nuestro proyecto, llegado el caso de ser planteado; otros objetos hay íntimamente relacionados con aquellos y que acabarían de perfeccionar el pensamiento, poniendo el sello á tan provechosa reforma. Nos referimos á los grabados y dibujos originales que posee la Nación.

(Se concluirá.)

VICENTE POLERÓ.

## LA CASA IGLESIA Y LA CASA CLUB



La casa de Dios, ó casa del diablo: ó casa iglesia, ó casa club.

Una de estas dos cosas ha de ser por necesidad el hogar doméstico, según que impere en él de veras el Catolicismo, ó según que en él se haya dado franca entrada á la revolución.

Es casa de Dios, si se rigen sus individuos por la ley cristiana en todo su rigor: con padres que manden como cristianos; con hijos que obedezcan como cristianos; con esposos que como cristianos se amen; con criados y trabajadores que como cristianos sean tratados y retribuidos. Una casa así organizada es copia exacta de la Iglesia de Dios, en la que es Dios honrado y servido, y en la que son las almas santificadas y conducidas á su debido fin. A la casa del cristiano así constituida llamó iglesia doméstica el Apóstol, y no pudo á fe llamarla mejor.

Es casa del diablo ó casa club, si en ella no rige la ley de Dios, sino la salvaje y brutal libertad de cada uno, ó la voluntad, más salvaje y brutal toda-

vía, de un déspota que sólo sabe mandar á palos y porque sí. La casa sin Dios, como el Estado sin Dios, cae inevitablemente ó en la demagogia ó en el cesarismo. O grita allí cada cual por su cuenta y antojo, sin otras trabas que las de su soberanía individual: ó manda allí uno solo, sin más ley que su capricho, ni más consideraciones que las de su orgullo de sultán. En ambos casos no hay sosiego, no hay paz; la familia no es el cielo de la tierra, como debería ser, sino el infierno anticipado.

La moda antigua, rancia y cristiana fué que la casa estuviese montada y regimentada en todo según la ley de Dios, como lo estaba también el Estado civil. Había una ley fundamental en la familia: esta ley eran los diez mandamientos del Decálogo y los cinco de la Iglesia. Esta ley se tenía por sagrada y por inviolable. El padre se creía sujeto á ella lo mismo que el hijo; el amo y la señora lo mismo que sus criados. Allí era verdad aquello, tan cacareado hoy día, de la igualdad ante la ley. Aquella ley era la misma para todos: su representante era el Crucifijo. Por eso ante el Crucifijo no había señor que no se postrase humilde como un criado, ni criado que no se reconociese ante Él tan noble y libre como su señor. Era el famoso nivel de aquella cristiana república, que miraba más á la nivelación de las almas que á la de las fortunas: porque sabía que, reconocida la igualdad del hombre espíritu, todo lo demás había de seguir como accesorio y accidental. Así el amo mandaba y el criado servía; pero tan hijo de Dios y tan súbdito suyo se reconocía el criado sirviendo, como el amo mandando. Aquello era libertad, muy liberal, si se me permite usar esta blasfema palabra. No había allí voluntad absoluta de nadie: por esto era libre la conciencia de todos, bajo el yugo único de la ley de Dios. Y si un padre mandaba lo que no podía mandar, ó un amo exigía lo que no podía exigir, la Iglesia decía al hijo ó al criado: «Primero has de obedecer á Dios que á los hombres. Muere antes que obedecer.» Y con esto no enseñaba, no, la rebeldía ¡válgame Dios! no hacía más que poner en su verdadero punto la autoridad. Primero la ley de Dios, después la ley del hombre conforme á la ley de Dios. De consiguiente, primero la obediencia á la ley divina, después la obediencia á la autoridad humana, en lo que no se oponga á aquella primera ley.

¡Ah! ¡Esto era nobleza en el mandar! ¡Esto era dignidad en el obedecer! Dentro de esta órbita nobilísima se podía muy bien gritar con todos los pulmones y sin contradicción alguna: ¡Viva la ley! ¡Viva la libertad!

Toda familia cristiana estaba antes montada así, y no se consideraba familia cristiana la que no se regía por estas leyes. Hoy todavía alguna conserva por milagro *el antiguo régimen*; lo regular empero es que en la mayor parte de ellas rija el moderno liberalismo.

Aquella era la casa iglesia, y su ley fundamental era la ley de Dios. Esta es la casa club ó (si viste levita) la casa parlamento, que lo mismo da. Su ley fundamental es el liberalismo.

¿Cómo se vive en la casa del día, tal como la ha hecho la Revolución, desterrando de ella á Dios? Si la casa es rica, vívese en ella en un dorado desorden; si es pobre, en un desorden asqueroso, que sólo se diferencia del anterior en faltarle el brillo de la riqueza. Vamos á verlo.

En la casa rica sin Dios, el padre y la madre suelen vivir en una cierta libertad mutua de acción, que permitiría creerlos solteros, si no atestiguase lo contrario su partida matrimonial. El padre vive más en el casino ó en el garito que en el doméstico hogar: la madre, si es de igual ralea, pasa su vida en los salones ó en los paseos: los hijos los cría por su cuenta la nodriza, y los viste y acompaña la niñera en su infancia; á los diez años los cuida á tanto ó cuanto al mes el colegio; á los quince empieza á corromperlos la Universidad; á los veinte rivalizan ya con los padres en disipación, libertad é individual soberanía. Suele conocerse que son hijos de aquellos padres en que llevan su apellido y tienen algo de su fisonomía, mas no en otra cosa. Ni comen apenas en su casa, ni duermen á menudo en ella; su familia la componen los cómplices de sus aventuras. Cásanse más tarde, para reproducir en su nueva casa un cuadro igual. Al morir los padres, visten los hijos un luto riguroso y ejemplar, es decir, según la ley del último figurín. El entierro es de lo más sonado, y la tumba suntuosa. El corazón frío como los mármoles de ella. Así se vive y así se muere en la casa de la familia rica sin Dios.

Si la casa es pobre, el cuadro es igual, con sola la diferencia de ser algo más sucio y más ruidoso. La taberna suple al casino; porque la taberna es el casino del pobre, como el casino es la taberna del rico. Los hijos entre tanto se educan en la calle ó





EL FRÍO.

en la plazuela, en vez de hacerlo en el colegio ó en brazos de la niñera en galante coloquio con el artillero ó cazador. Hay en casa gritos y peleas y trancazos y juramentos, en vez de la ceremoniosa indiferencia de los malcasados de buen tono. Suele intervenir en ellas la vecindad ó el alcalde de barrio, en vez de la Audiencia ó del Provisor. Se cuelgan de la pared retratos de Garibaldi y mamarrachos del periódico satírico-obsceno, á la vez que cuadros de odaliscas ó desnudeces del paganismo. Se leen las desvergüenzas del romance callejero ó las invectivas republianas contra el Cura, en vez de las novelas de Dumas y de los números de la *Ilustración*. Los hijos se emancipan más pronto y pegan tal vez á sus padres, ó los abandonan á los auxilios de la caridad, ó dan con ellos en el compasivo hospital.

Con que de pobres á ricos de esta clase no media apenas otra distinción que la de ser un palacio ó una zahurda el lugar de la escena, y la de representarla con camisa planchada ó con camisa sin planchar los protagonistas. El argumento del drama es igual, y podría bien titularse: «El liberalismo en la familia, ó lindezas de la casa sin Dios.»

Alguno encontrará exagerada la pintura, y como francos y leales vamos á dar sobre ella una explicación. En muchas casas, que no son ya cristianas, no se advierte todavía tan al crudo el desorden demagógico que acabamos de retratar. Se comprende perfectamente. Casas enteramente dejadas de la mano de Dios hay pocas todavía, porque aun cuando en sí no sean ya cristianas, viven no obstante en medio del Cristianismo. Y aun á pesar suyo han de recibir alguna influencia de él. Sus individuos llevan nombres cristianos y han recibido bautismo cristiano, practican siquiera por tradición ó rutina fiestas cristianas: un día en la vida practican la primera Comunión, y alguna vez al año han de postrarse siquiera por compromiso al pie de los altares. Puede ser además que en el fondo de esta caverna sin Dios brille tal vez como estrella en noche tenebrosa la piedad mal disimulada de una esposa que recibió buena educación, ó de alguna hija á quien su buena suerte hizo encontrar maestra más digna que sus padres. Así que ciertas familias impías de

hoy aparecen de vez en cuando con lastres y resabios cristianos que hacen menos horrible á primera vista su fealdad. Pero ¡ay! ¡que esto es lo accidental, y lo esencial es su ateísmo! ¡Ay, que esta superficial compostura no basta á disimular el negro fondo de gangrena que corroee sus entrañas!

No hay hombre, sin embargo, por malvado que sea, que no desee arreglada su familia. Ocioso es, pues, amigo lector, que te pregunte si tu casa la quieres con orden ó sin él. Oyeme, pues, y reflexiona.

Si quieres casa con orden, has de hacer que sea casa con ley. Y para ser casa con ley, has de ser tú el primero en sujetarte á ella. Tú, que has de mandar, has de ser el primero en obedecer. La ley de tu casa no te la ha de imponer el Gobierno, pues hasta hoy no se ha inventado en los gobiernos poner un ministro de las familias, como hay Ministro de la Guerra, Ministro de Hacienda ó de la Gobernación. En casa tú eres el rey y el ministro y el alcalde, y nadie más. Sf: fuera de Dios, no manda allí nadie más. Empieza, pues, por promulgar alta y solemnemente en tu casa la ley de Dios como ley fundamental. Clava en el lugar más visible de ella el severo y moralizador Crucifijo. Aquel es tu jefe y de tu casa, y tú su lugarteniente, para gobernarla por El y según El. A quien le falte al respeto, repréndele y castígale seriamente como á reo de lesa majestad. Enemigos de su divina soberanía no los consientas en tu casa, ni en forma de compadres, ni en forma de libros, ni en forma de dibujos, ni en forma de periódicos. Barrera cerrada para todos los enemigos de tu Dios. Los que van contra El van contra tí. Intransigente en eso y sin contemplación.

Reza con tu familia, lee con tu familia, pasea con tu familia, come y diviértete con tu familia, y así si un día has de llorar y gemir, de lo cual no escaparás, llorará y gemirá contigo tu familia para tu consuelo. Los hijos no suelen emanciparse de los padres sino cuando los padres han dado el mal ejemplo de querer emanciparse de sus hijos. Si se separa de su puesto la piedra central de la bóveda, ¿cómo se sostendrán los arcos que deben apoyarse en ella? Acostúmbrate, pues, á la vida doméstica, sin la cual no hay respeto á la autoridad. Huye del

café y del casino, que son los enemigos naturales de la casa, como la falsa amiga es la enemiga natural de la esposa verdadera. Lo que has de gastar con los amigos en el ruidoso salón gástalo con tu mujer é hijos en el pacífico hogar. No hay músicas como las que allí suenan, ni animada conversación como la que allí entretiene las recogidas veladas del buen padre de familia. ¡Infeliz! El dinero, el amor, los agasajos, la broma que desperdicias fuera de tu casa con tus compinches, son otros tantos robos que haces á la felicidad y ventura de las prendas de tu corazón, y tal vez á su moralidad y hasta á su eterna ventura!

Con que ya ven mis lectores el doble cuadro que les acabo de trazar. Por si gustan realizar el uno les acabo de dar reglas sencillas y que todos pueden cumplir. Para realizar el otro no necesitan regla alguna, sino echarse cuesta abajo por todas las pendientes de la ancha vida. ¡Padres y madres! Si vuestra casa no es iglesia de Dios, sino rencoroso y abyecto club de todos los demonios, vuestra la culpa es y vuestra la responsabilidad. Tal como sea, vosotros la hicisteis y nadie más.

F. S. Y S.

## MIS LIBROS Y YO

(FANTASÍA.)

**P**OR muchas razones y motivos que tengo para vivir como vivo hace años, huyendo del bullicio de las gentes que andan por el mundo, muy escarmentado de tratar con hombres y mujeres, que nada bueno y sí mucho malo me enseñaron, hallábame una noche, como de costumbre, dando paseos arriba y abajo por mi cuarto, y mirando el reloj que pronto acabaría con las horas y minutos del año 1879, para empezar á contar las del 1880.

La tal noche era noche fría y tormentosa, de viento que silba y de lluvia que azota los vidrios de las ventanas, dos cosas que serán muy buenas para la





PALACIO DE SAN TELMO EN SEVILLA.

sementera, pero que el hombre de bien, ya maduro y experimentado, las cede con gusto á los jóvenes galanes que andan rondando calles al acecho de algún balcón, que no se abre en semejantes noches por temor á las pulmonías que vuelan por el aire.

De vez en cuando me defenía un momento delante del uno ó del otro montón de mis libros, cada día más abandonados y llenos de polvo, hacinados sobre las mesas, la cómoda y las sillas, deseando, tal vez, cambiar de dueño que los acomodase mejor en buenos armarios, donde los unos podrían lucir su lomo de chagrín con filetes de oro, y los otros, aunque viejos y empergamados, sus títulos de libro raro escapado de alguna celda de Padre dominico, premostratense ó trinitario.

¡Pobres libros! — me decía al contemplarlos en tal abandono. — Vosotros habéis tenido la desgracia de venir á esta casa y de pertenecer á un hombre que nunca debió gastar su poca fortuna en adquirir volúmenes impresos repletos de ciencia, de historia, de filosofía ó de literatura; pero yo no la he tenido menor que vosotros, amigos míos, creyendo que

vuestra lectura me pudiera servir de algún provecho y que algún día me pagarais con usura el capital que poco á poco invertí en sacaros de las librerías ó del Rastro. Yo he tenido la desgracia de pasar mi vida entre vosotros, perdiendo mi tiempo lastimosamente. Vosotros, la de venir á dar en manos de quien no ha sabido aprovechar vuestra enseñanza.

Ambos hemos tenido mala suerte.

Y lo peor del caso, amigos míos, es que yo, á pesar de mis años y de mi experiencia, no escarmento, y sigo todavía, sin poderlo remediar, practicando el vicio feo de pararme delante de los escaparates de Fe, de Murillo, de Guttenberg y otros librereros que se hallan muy alumbrados por la noche y nunca falta en ellos algún tarjetón de anuncio que dice, *Obra nueva*, para más atraer la curiosidad de los transeúntes ó de los aficionados al vicio de comprar libros. Y como no pongo el mejor de los remedios contra las malas tentaciones que, según la Doctrina Cristiana, consiste en huir de ellas, caigo todavía en el pecado sin saber contenerme, y allá van mis tres ó cuatro pesetas á cambio de 3 ó 400

páginas en 4.º menor ó mayor, que me traigo á casa muy satisfecho de mi compra.

Así andaba pensando, parándome delante de un centenar de volúmenes, siguiendo luego mi paseo con las manos cruzadas á la espalda y recordando cosas y tiempos ya pasados, porque para los viejos, como dijo aquel de las coplas, *todo tiempo pasado fué mejor*, y así es la verdad, sobre todo para los que no supimos aprovechar bien los años en que es preciso ganar, sea como fuere, lo necesario para redimirnos de la esclavitud en la vejez.

Entre tanto la noche iba tomando vuelo, el cierzo arreciaba y el frío me penetraba ya hasta los huesos, para lo cual no tenía que andar mucho camino, por hallarme tan flaco y escaso de carne como el ejemplar más seco y enjuto de los mortales.

Más de una hora se me había pasado de este modo, cuando el reloj sonando la una me dijo: — D. Ambrosio, ya estamos hace rato metidos en el año nuevo y es hora de que se vaya usted á la cama, dejándose de vagar como lo está haciendo sin pro-



vecho ninguno. ¿Qué saca usted de estar devanándose los sesos tontamente y privando á su cuerpo del reposo que necesita para emprender mañana sus tareas? Además, Sr. D. Ambrosio, que para seguir pensando en tales cosas no hace falta gastar luz y helarse de frío, pudiendo estar bien abrigado entre las mantas de su lecho, que tendido y á oscuras, usted verá cómo sus penas se van durmiendo poco á poco y deja de sentir las antes de quince minutos. El sueño, no lo dude usted, amigo mío, es uno de los mayores beneficios que debemos á Dios.

Parecióme que el reloj hablaba como un libro, y pensé tomar su consejo.

Yo tengo en mi gabinete cama, mesa de escribir, tablero de dibujo, antigua papelera, cómoda, armario viejo y otros muebles que constituyen todo mi menester para la vida modesta de un hombre trabajador que, si no lo es por virtud, se ve obligado á serlo por necesidad. Amo este cuartucho, sus muebles y librajitos como únicos amigos que me han servido y me sirven desde hace muchos años, sin haberme dado ningún disgusto. Así, pues, viviendo de tal modo, con andar dos ó tres pasos, me voy á la cama desde mi tablero, ó me vengo desde ella á la mesa en que escribo estas cuartillas.

Pero vamos al asunto de mis libros.

Como es vicio nacido de la costumbre de toda mi vida el de no apagar mi luz sin leer antes alguna cosa, antes de tomar el consejo del reloj y meterme en la cama, quise tomar un libro cualquiera para echar un párrafo con él, y me dirigí á un montón de los que tenía más á la mano. Y aquí debo decir que yo, hijo legítimo de nuestro siglo, soy, como la mayoría de mis hermanos, aprendiz de todo y maestro en nada. Por esta razón, halláanse entre mis libros los de ciencias exactas y de arquitectura, cuyo título poseo con tan escaso merecimiento como otros de mis compañeros. Tengo, además, libros de Filosofía, que no los entiendo, poemas clásicos de poetas antiguos y modernos, y abundancia de obras literarias, cuentos, dramas, novelas y folletos, que me han sido regalados por sus autores dentro y fuera de la patria, no careciendo tampoco de algunas obras místicas de Padres Santos, como San Jerónimo, San Francisco de Sales, Fray Luis de Granada y otros.

Entre tanto libraco no sabía á cuál de ellos me llevaría conmigo á la cama. Los unos por grandes é incómodos, los otros por su menuda letra, éstos porque los tengo ya muy leídos, y aquéllos porque no los entiendo y me vuelven loco y marean con su lectura; ello es que no sabía elegir ninguno que fuera de mi gusto en tales momentos.

Entonces me dirigí á un rincón donde se hallaban amontonados un centenar de los más viejos y carcomidos, parándome delante de ellos con los brazos cruzados, diciendo: — ¿Quiénes sois vosotros, libruchos viejos y estropeados, que parecéis como venidos del Rastro y salidos de una de aquellas pilas, en cuya cumbre se lee un tarjetón que dice: «¡A real el libro!»

A tal interrogación, que sólo hice mentalmente y sin desplegar mis labios, los tales libruchos, ofendidos en su amor propio, empezaron á removerse y á murmurar por lo bajo, mirándose unos á otros cara á cara, como diciendo: — «¿Habéis oído á este bruto cómo nos trata?»

Inmediatamente formaron una hilera como soldados, ocupando su puesto cada uno según era el número que debía corresponderle en las filas, y yo estaba asombrado de ver aquella maniobra, aquel fenómeno sobrenatural é incomprensible, cuando después de alinearse perfectamente, uno pequeño, en 4.º menor, forrado de pergamino viejo, sucio y arrugado, adelantóse dos pasos de frente, y con voz clara y sonora dijo: — «*Ego sum Grammatica latina Antonii Nebrisensis. Ecce adsum.*»

Atónito me dejó D. Antonio Nebrija con su latín, de tal manera, que me quedé mudo y clavado en mi sitio sin atreverme á mover un pie ni á pronunciar una sola palabra.

Hubo una larga pausa de silencio, durante el cual los libros permanecieron inmóviles como yo lo estaba, y al ver que D. Ambrosio nada les respondía, continuó diciendo la Gramática de Nebrija:

— «*Dextera mea sunt: Fabularum Asopiarum, Phœdri, et Epistolæ M. T. Ciceronis, cum Cornelii Nepotis; Vitæ excellentium imperatorum et alteri auctoris; Selectis puram latinitatis...*»

«Pero temo, Sr. D. Ambrosio, que así como usted se ha olvidado de nosotros, se le haya olvidado también la lengua de Horacio y no me entienda si continúo hablándole en tal idioma. Por esta razón, dejémonos de latín y hablaré á usted en castellano para mayor claridad.

«A mi izquierda puede usted ver, Sr. D. Ambrosio, la Aritmética en verso de D. José María López,

su maestro de primeras letras, y el Catón de Seijas Lozano con sus cuentos de Manolito.

«A los clásicos latinos siguen los de Lógica de Servant, Beauvais, la Física de Boudant, la Química de Alvarez y todos los demás que le sirvieron para alcanzar su grado de Bachiller en Filosofía el año 1844, cuando todavía no contaba usted los tres primeros lustros de su vida.

«Todos estos libros, incluso el más gordo que se halla en segunda fila detrás de las Epístolas de Cicerón y de las Odas de Horacio, el Diccionario del P. Calepino, todos tenemos en nuestras páginas apuntes y garabatos hechos por su mano de usted, y todos lo recordamos tal y como era de ocho á catorce años de edad, cuando todavía no pensaba en venir á la Corte, y en nada se parecía á lo que ha venido á ser hoy, después que los años y los desengaños lo han hecho viejo y descreído.

«El tiempo se pasa volando, amigo D. Ambrosio, y lo poquito de él que se concede para la vida de una generación, que es próximamente lo que usted ha vivido ya, es preciso aprovecharlo bien, y no perderlo como la mayoría lo pierde en hacer mal ó no hacer nada bueno.

«Pero no quiero seguir haciendo á usted más reflexiones sobre lo efímero de la existencia humana. Mis compañeros y yo nos hemos levantado al oír cómo nos trataba, no para humillar su vanidad, que los libros no somos vengativos ni tenemos la soberbia de los hombres; nos hemos levantado para consolarle y darle algún buen consejo.

«Somos libros modestos de primera y segunda enseñanza que no encerramos en nuestras páginas los tesoros de la llamada Sabiduría humana. Somos obras rudimentales sin pretensiones de ciencia trascendental, como otros muchos libros de los que usted ha leído después que nosotros le enseñamos á leer en ellos y que andan por este cuarto como Pedro por su casa. Pero usted hace con nosotros lo que todos los hombres han hecho siempre con la escalera por donde subieron, no acordarse más que del escalón en que pisan, y despreciar los primeros por donde comenzaron á subir. No por ello nos ofendemos, D. Ambrosio, queremos ser sus buenos amigos y vivir con usted como cuando escribía lo que puede leer en esta primera página y que de seguro lo tiene olvidado. Léalo usted, amigo mío.»

Y al decir esto, el libro de Nebrija se abrió por sí mismo mostrándome la dicha página donde pude leer:

Si este libro se perdiera,  
como suele acontecer,  
suplico á quien se lo encuentre  
que me lo sepa volver, etc., etc.

Soy de J. M. B. — Año 1840.

Después de la firma y rúbrica del número ocho con mucho enredo de trazos y maraña para hacerla más difícil de falsificar, venían algunos dibujos de cabezas con tendencias de retratos del domine don Santiago, gran latino, que profesaba la antigua doctrina de que *la letra con sangre entra*, y usaba, para hacerla entrar en sus discípulos, las dos herramientas del oficio, palmeta y disciplina; amén de otras auxiliares, como la escoba y la cabeza de burro, para que hicieran centinela á la puerta de la clase los que no sabían bien su lección.

J. MARIN BALDO.

(Se concluirá.)

## MUERTE CRISTIANA Y MUERTE ATEA

### CUADRO I.

Hijo, piensa en el Señor  
muerto en la cruz por salvarte;  
Él se digne perdonarte  
en el lecho del dolor.

¿Qué es el mundo? Breve historia  
de la fugaz existencia;  
purifica tu conciencia  
si quieres ganar la gloria.

Sueño ha sido tu vivir;  
sólo es vida ¡el despertar!  
la santa gloria alcanzar  
y eterno en Dios revivir.

¿Dónde se fueron los días  
de tu alegre juventud?  
En un fétido ataúd  
dan fin nuestras alegrías.

¡Ea, valor! Torna hijos

al dulce Jesús los ojos,  
que en este valle de abrojos  
probando tiene á sus hijos.

Recuerda que tierno padre,  
bañado en celeste luz,  
dijo muriendo en la cruz:  
¡Hijos! mirad vuestra Madre!...

Virgen sin mancilla, pura,  
¡madre amorosa y bendita,  
dame tu gracia infinita  
al pie de la sepultura!

— Ya se acerca el Sacramento  
que alimenta y limpia el alma...  
¿Ves, hijo, qué dulce calma?  
¿Cuánta paz? ¿Qué gran contento  
ha difundido en tu sér  
ese pan de eterna vida?  
¿No es verdad que adormecida  
tu alma está en santo placer?

¿Notas la luz celestial  
que en torno tuyo derrama?  
¿Percibes la viva llama  
que infunde el Dios inmortal?

¿Te sientes dichoso? ¿Dí?  
— ¡Estoy, padre, en la agonía!...  
— ¡Yo te absuelvo! — ¡Virgen mía,  
tened compasión de mí!

Sus restos guardó en el suelo  
la cristiana caridad:  
cruzando la eternidad  
voló su espíritu al cielo.

### CUADRO II.

— ¡Hermano! ¡Pensad en vos!  
La ciencia humana no alcanza  
más allá; vuestra esperanza  
debéis fijar sólo en Dios.

— Quiero tranquilo morir  
como me diere la gana:  
con que no predique, hermana,  
porque yo no la he de oír.

— Mire que se engaña. — ¡Bien!  
— Mi caridad te lo advierte;  
está cercana tu muerte...  
— Pues que me entierren y amén!  
— Dejad por Dios esa senda  
que el enemigo os inspira...  
— ¡La religión es mentira...!  
— ¡No tal! ¡Os ciega una venda...!  
No desperdiciéis demente  
esta solemne ocasión,  
implorad á Dios perdón,  
os le otorgará clemente...

— Repito que yo no creo  
esa monserga anticuada;  
tras de la vida no hay nada,  
ya lo sabéis, ¡soy ateo...!

Nuestra existencia es gozar,  
por eso al mundo nacemos;  
somos ríos que volvemos  
á nuestro origen: el mar.

Sólo la mudable suerte  
ciega nos gobierna aquí...  
¡No existe Dios!... ¡Ay de mí!  
¡siento acercarse la muerte!  
— Siga, hermano, mi oración  
con el corazón contrito...  
¡Jesús piadoso y bendito  
perdónale! — ¡Maldición...!  
exclamó el agonizante  
lívido ya como un lirio,  
mientras interno martirio  
retrataba su semblante.

Rezaba ella sin cesar  
con tal fervor, de rodillas,  
que no sintió en sus mejillas  
ardiente llanto surcar.

Y era que mientras rezaba  
y á Dios el perdón pedía  
con fe cristiana veía  
que un alma se condenaba.

R. T. MUÑOZ DE LUNA.



## EL LEPROSILLO

TRADICIÓN

I

**E**RA una noche sumamente oscura: ni una estrella brillaba en el firmamento, y la tempestad recorría con violencia el desierto, haciendo resonar sus roncós bramidos.

— ¡Abrid, abrid! — clamó una voz medio apagada por el sufrimiento.

En el interior de una pobre morada, una mujer pálida y de facciones rudas se calentaba á la vacilante llama del hogar, dirigiendo de vez en cuando una triste mirada á una cuna, en la cual dormía un niño poseído de la fiebre.

— ¡Abrid, abrid! — repetía por fuera la voz.

— Quienquiera que seáis — contestó la mujer sin moverse — proseguid vuestro camino; pues á nadie se da hospitalidad.

— ¡En el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; abrid!

— Ya os lo he dicho; ¡ay del viajero que éntre aquí! — replicó la mujer levantándose con malísimo humor.

— ¡Vamos á morir, tened compasión de nosotros!

La mujer miró de nuevo á la cuna. El niño se había despertado, y lloraba tiendiéndole los brazos.

Era madre, enjugó una lágrima, y entreabriendo la puerta dijo:

— ¿Qué queréis, torpes viajeros?

— Un abrigo para mi marido y para mi hijo — respondió una joven, cuya belleza deslumbró los ojos de aquella mujer.

— Si os concedo lo que pedís seré causa de vuestra ruina y vuestra muerte; porque soy esposa de un célebre bandido, y si entra, yo no podré libraros de sus golpes.

Mientras hablaba de este modo, la puerta se fué abriendo enteramente, y José entró con su esposa María y con Jesús el Niño Dios.

La dueña del casuchón arrojó al fuego un tronco seco, y en breve una llama viva llenó de calor el aposento. El pobrecito enfermo se incorporó en su cuna olvidando sus dolores y sonriendo al Niño Jesús.

— No sé quiénes sois — dijo la mujer del ladrón — pero desde que habéis entrado me siento dichosa y alegre, y observo que á mi hijo le sucede otro tanto.

II

Las tinieblas se hacían por defuera aún mas espesas; la tempestad no cesaba de rugir, y la casita temblaba como combatida por rudos ataques, cuando llamaron á la puerta.

— ¿Quién va?

— Mujer, abre pronto.

— ¡Cielos! ¡es mi marido! ¿En dónde os ocultaré? — dijo desolada.

María se levanta; pone su hijo en sus brazos y abre la puerta.

El bandido entra bruscamente, chorreando agua y cargado del fruto de sus rapiñas.

Al ver á María retrocede un paso, y lanza sobre su mujer una mirada de cólera.

— Son unos pobres viajeros á quienes la tempestad ha sorprendido. Yo los he albergado, pensando que quizás nos darán felicidad.

El semblante airado del bandido se templó sonriendo, cerró la puerta y dijo:

— Pues bien, ¡que sean bien venidos!

Y sin añadir una palabra dejó su botín en un ángulo de la pieza, sacudió sus vestidos mojados y se acercó al fuego en donde se agitaba la risueña llama.

— Mujer — añadió al cabo de un rato — ¿no tenemos nada que comer?

— Tenemos todavía un poco de pan, frutas y un pedazo de cabrito.

Y disponiéndose á entregar á María su hijo para arreglar la comida, repuso María:

— No, no os movais, yo le serviré.

Comieron todos menos la mujer del ladrón, que quedó junto al fuego con Jesús y con su hijo enfermo; pero nada le importaba, pues nunca su corazón había experimentado tanta felicidad y tanta dulzura.

Después de comer, el bandido se acercó á la lumbre, cruzó su frente una profunda arruga, y dijo á José:

— ¡Ojalá mi hijo se pareciese al vuestro!

— Y qué, ¿acaso está enfermo? — preguntó el esposo de la Virgen, que solamente vió las asquerosas llagas de que estaba cubierto el desgraciado niño.

— Enfermo, y de un mal terrible — contestó el padre suspirando — es leproso.

Siguió un largo y profundo silencio á estas tristes palabras. La mujer del ladrón quedó anegada en lágrimas, y añadió:

— El Señor castiga al hijo por los pecados de sus padres.

El ladrón miró á su mujer, pero esta vez lo hizo sin rabia ni dureza; más bien podía verse pintado en su semblante el remordimiento.

— Dios abre sus brazos al pecador arrepentido — les dijo María — y cambia sus lágrimas en júbilo.

Y colocando sobre sus rodillas á Jesús, añadió:

— El día viene y la tempestad se va. Tened la bondad de darme un poco de agua para lavar á mi hijo, y partiremos.

— Esperad un poco — repuso el ladrón, que sentía la separación de sus amables huéspedes de la noche.

— Nos es preciso hacer un largo camino — respondió José.

— ¿A dónde vais?

— Pobres desterrados, vamos á buscar un asilo en Egipto. Más tarde volveremos.

— A vuestro regreso acordaos de mi choza, que habéis llenado de luz y de gozo.

José y el bandido se despidieron junto al hogar, y salieron.

El viento se había templado y era suave; las nubes iban replegándose en el horizonte, y la naturaleza se presentaba fresca y joven como el día de primavera más hermoso.

— Partamos — dijo José.

— Lavad vuestro hijo en la misma agua en que yo he lavado al mío — dijo María á la mujer después de abrazarla.

III

Mientras pudo distinguirlos su vista el bandido y su esposa siguieron con los ojos á nuestros viajeros.

Cuando no pudieron distinguirlos, suspiraron como si acabaran de perder un miembro querido de su familia.

Su hijo se tenía en pie en medio de los dos, y se echó á llorar.

— Ven, hijo mío — le dijo su madre; — voy á lavarte en el agua que ha servido para el niño de esos viajeros.

— ¿Por qué? — le opuso el padre encogiéndose de hombros.

La mujer no contestó, y apenas el niño hubo tocado el agua, quedó enteramente curado.

Y es que el Señor no deja ninguna obra buena sin su recompensa.

Más tarde el pobre leprosillo murió arrepentido junto á Jesús crucificado.

El mundo entero le conoce con el nombre de *El Buen Ladrón*.

(De la Propaganda Católica, de Palencia.)

## EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

**E**N JOAQUÍN DOMÍNGUEZ BECQUER, natural de Sevilla. Entre sus muchas obras se encuentra un lienzo representando el *Interior de la catedral de Sevilla*, que figuró en la Exposición Universal de París de 1855.

D. JOSÉ DOMÍNGUEZ BECQUER, sevillano. Muchas y buenas son las obras que existen de su mano. Citaremos dos de las láminas que dibujó para *La España artística* de D. Jenaro Pérez Villamil, una titulada *El Viático* y otra *Una Misa*. Fueron hijos de este artista el poeta Gustavo Adolfo y el pintor Valeriano, quien también ejecutó bastantes dibujos de género religioso para diferentes publicaciones.

DOÑA FRANCISCA DE PAULA DURÁN, pintora de afición. En la Real Academia de San Fernando se conserva de su mano una *Magdalena*, copia de Travisani, al lápiz.

D. JOSÉ DURÁN Y FRIERA, pintor catalán. De sus cuadros hay uno que representa *La Religión católica*.

D. ROGELIO EGUSQUIZA, natural de Santander. En la Exposición de 1859 celebrada en dicha población presentó *La Virgen del Rosario*, lienzo que fué muy elogiado.

DOÑA EMILIA ENRILE Y FLORES DE GUTIÉRREZ, discípula de la Academia de Bellas Artes de Cádiz. En la Exposición de dicha capital en 1858 presentó, entre otras obras, *La Virgen de los Dolores*, *San Francisco* y *San Félix de Cantalicio*, copia de Alonso Cano.

D. RAFAEL ENRÍQUEZ, natural de Camarines (Filipinas), y residente en Manila. Remitió á Madrid para la Exposición de 1876, entre otras obras, un *San Agustín* de medio cuerpo y tamaño natural.

DOÑA SOLEDAD ENRÍQUEZ Y FERRER, hija y discí-

pula de D. Francisco Enríquez y García. En la Exposición del Liceo de Granada de 1840 presentó *Una Virgen*, al óleo.

D. FRANCISCO ENRÍQUEZ GARCÍA, Director de la Academia de Bellas Artes de Granada. En el Liceo fundado en dicha población en 1839 expuso, entre otras obras, una *Santa Leocadia*, copia de Coello, y un *San José*.

D. FRANCISCO DE PAULA ESCRIBANO, natural de Sevilla y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de dicha ciudad. En la Exposición general de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1860 presentó *El Ángel Custodio presentando al Señor el alma de un justo* y un *San Francisco de Asís*.

DOÑA MARÍA DEL PILAR ESCRIBANO Y PAÚL, pintora de afición. En la rifa de objetos artísticos que se verificó en 1861, con el objeto de arbitrar recursos para levantar un monumento al pintor Murillo en su ciudad natal, contribuyó esta artista con una *Dolorosa* y un *Salvador*.

DOÑA MARÍA PASTORA ESCUDERO. En la Exposición celebrada en Sevilla en 1868 presentó varias obras, entre ellas *La Virgen de la Silla* y *El descendimiento*.

D. JOAQUÍN ESPALTER Y RULL. Nació en Sitges (provincia de Barcelona) en 30 de Noviembre de 1809; estudió en la Casa-Lonja de aquella población, y bajo la dirección del Barón Goss en París. Muchas son sus obras, y entre ellas citaremos *Santa Ana dando lección á Nuestra Señora*, que figuró en las Exposiciones de Bellas Artes celebradas en Madrid en 1842 y 1846 y en la Universal de París de 1855; *Una Virgen*, presentada en la Exposición del Liceo artístico y literario de Madrid de 1846; *La Virgen, el Niño Jesús y San Juan*, presentada en la Exposición de París de 1855, *La Asunción de la Virgen*, pintada en 1848 por encargo del Marqués de Fuentes de Duero para el oratorio de su casa. El techo del oratorio del Sr. Buschental, representando *La Asunción de Nuestra Señora*; algunos trabajos en la restauración del templo de San Jerónimo. El cuadro de la *Era cristiana*, que llevó á la Exposición de 1871, juntamente con una *Santa Cristina*, *El Niño Jesús dormido en brazos de su Madre* y otros. En la de 1876 presentó, entre otros varios, un *Redentor*. Falleció en Madrid en 3 de Enero de 1880.

DOÑA FRANCISCA DE ESPÍNOLA. En la Exposición celebrada en Canarias en 1862 presentó *El Corazón de Jesús* y *Una Virgen*, en miniatura, y al óleo *La impresión de las llagas de San Francisco*.

D. JOSÉ ESPINOSA, discípulo por los años de 1830 de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. En 1861 entregó una *Dolorosa* para la rifa de objetos artísticos que se celebraba en Sevilla para levantar un monumento á Murillo.

D. ANTONIO MARÍA ESQUIVEL, notable pintor sevillano y continuador de la escuela de Murillo. Nació el 8 de Marzo de 1806. A los 21 años contrajo matrimonio, lo que fué causa de que tuviese que anteponer muchas veces á la práctica del arte otras ocupaciones de mayor lucro, pero siempre fijo en su primera vocación pasó á Madrid en unión del pintor D. José María Gutiérrez, y en 1832, previos los ejercicios reglamentarios, obtuvo Esquivel la consideración de Académico de mérito de la Real Academia de San Fernando, contando 26 años de edad.

A consecuencia de un humor herpético tuvo la inmensa desgracia de perder la vista, y dos veces falto de resignación cristiana, trató de poner fin á su vida arrojándose al Guadalquivir, de donde le sacaron los que notaron su desesperado intento. La Providencia sanó sus ojos, y Esquivel, cristiano y caballero, no quiso volver á coger sus pinceles para asuntos profanos hasta haber cumplido con Dios y con la amistad, y su primer obra fué *La caída de Luzbel*, que regaló al Liceo. Fué nombrado pintor de cámara al ser declarada mayor de edad S. M. la Reina Doña Isabel II. Es casi imposible enumerar sus muchísimas obras; citaremos algunas por su carácter religioso: *Despedida de Agar á Ismael por Abraham*, que figuró en la Exposición de la Academia de San Fernando de 1847; *David triunfante*, *La Virgen de Belén*, que figuró en la Exposición de Sevilla de 1842; *El sacrificio de Isaac*, *Santa Teresa* y *Santa Isabel* para la parroquia de Chamberí; *Santa Teresa* para un propietario de Chile, *Un Salvador*, *Jesucristo crucificado*, tamaño colosal, presentado en la Exposición de 1843; *La Caridad* en la de 1848; *Jesús con María y la Magdalena*, *El milagro del resucitado en Nain* en la Exposición de la Academia de San Fernando en 1849; *La Virgen María, el Niño Jesús y el Espíritu Santo, con ángeles en el fondo*, presentado en la Exposición de Bellas Artes de 1856, y adquirido por el Gobierno para el Museo Nacional; *La Magdalena penitente*, *el Niño Jesús con la cruz y la corona de espinas en la mano* para la Exposición Nacional de 1856; *Una Concepción*, de medio cuerpo;



*Jesús en el huerto* para la galería del Sr. Díez Martínez en Sevilla; *Los Apóstoles*, pintados para la catedral de Sevilla y que figuran hoy en la galería del Sr. López Cepero; *La Transfiguración* para un templo de Canarias; *San Hermengildo* para la galería del Sr. Lerdo de Tejada, de Sevilla; *La Ascensión del Señor* en la Exposición del Liceo artístico y literario de Madrid de 1846; *Nuestra Señora del Rosario* en la Exposición pública de 1835; *Una Concepción* y *La Magdalena* en la de 1845; *La Anunciación*, *Santas Justa y Rufina*, *San Juan* y *La calle de la Amargura* en la Exposición del Liceo de Sevilla en 1841. Falleció Esquivel el 9 de Abril de 1857.

D. CARLOS MARÍA ESQUIVEL, natural de Sevilla é hijo del anterior. Entre sus varias obras citaremos *Jesús volviendo la vista á un ciego*, que presentó en la Exposición de Bellas Artes de 1849; *Visita de San Francisco de Borja al Emperador Carlos V*, en la de 1862. En la catedral de Badajoz se conserva de su mano una *Magdalena*, de cuerpo entero, copia de Van-Dick.

D. JOAQUÍN ESQUIVEL, pintor de fines del último siglo y principios del actual. En 1797 pintaba en Méjico la *Vida de San Pedro Nolasco* para los claustros bajos del convento de la Merced en dicha población.

D. VÍCTOR ESTEBAN Y LOZANO, natural de Madrid. En las Exposiciones nacionales de Bellas Artes de 1856 á 1866 presentó, entre otras obras, las siguientes: *La parábola del Samaritano*, *Martirio de San Esteban*, *La Magdalena á los pies de Jesucristo*, *Muerte de San Francisco de Asís*, *El Cristo de Rivas*, *San Raimundo recibe del Rey Don Sancho III las llaves de Calatrava*, *San Pedro en la cárcel*, pintado en Valencia en 1860. También es obra suya el monumento de Semana Santa pintado al temple para la iglesia de religiosas de Santa Catalina de esta Corte.

D. ANTONIO ESTEVE, residente en Toledo en 1800. En la iglesia de Santas Justa y Rufina de dicha población son de su mano el lienzo del altar mayor y los de los dos colaterales; el primero representa á las *Santas titulares*, y los otros dos *La Virgen del Carmen* y *San Pedro*. En la iglesia de la Trinidad se conserva en su retablo principal *Las tres personas de la Santísima Trinidad rodeadas de gloria* y un *San José* en otro altar pequeño. Por último, en la antigua Universidad de dicha población existía *Una Concepción rodeada de ángeles*, de tamaño natural.

D. JOSÉ ESTRUCH, nació en San Juan de Enoa, provincia de Valencia, en Febrero de 1838 y fué discípulo de D. Francisco Martínez y de la Academia de San Carlos. Citaremos de entre sus obras las siguientes: *La Sacra Familia del corderito*, copia de Rafael; *La Visitación de la Virgen á su prima Santa Isabel*, del mismo; *La Concepción*, de Murillo; *San Francisco de Paula*, del mismo; *Sacra Familia*, de Juan de Juanes (Vicente Macip); otras dos del Correggio y Leonardo de Vinci, *La Virgen*, *Santa Catalina* y *Santa Bárbara*, de este último autor; *La Comunión*, de Espinosa, y otros. Entre sus varios cuadros originales se encuentra uno representando á *La Virgen con el Niño*, por el que obtuvo medalla de plata en la Exposición regional celebrada en Valencia en 1867.

D. LINO FABRAT, natural de Ocaña. En la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1868 presentó un *Nazareno*, hecho á pluma.

D. JOAQUÍN MANUEL FERNÁNDEZ CRUZADO. Este reputado pintor nació en Jerez de la Frontera el día 24 de Diciembre de 1781. Son sus obras, entre otras, un *Cristo*, copia de Zurbarán; *La Virgen de los Venerables*, *El Ángel de la Guarda* y *San Benito*, que existen en la catedral nueva de Cádiz; *La Asunción de Nuestra Señora*, de tamaño colosal, para Lausana (Suiza); *El Apóstol Santiago*, en Santiago de Cuba; *La Virgen de las Angustias*, para la citada catedral de Cádiz. Murió en esta ciudad el 31 de Enero de 1856.

D. MANUEL FERNÁNDEZ SANAHUJA, natural de Madrid, discípulo de la Academia de San Alejandro de la Habana. Muchísimas son sus obras, y entre ellas tiene el *Interior de la catedral de Burgos*.

M. DE A.

(Se continuará.)

## BUSQUEMOS Á JESÚS

Las fiestas de la Pascua han terminado y de Jerusalén sale María, Suponiendo que el Hijo, bien amado, De San José camina en compañía. José piensa que el Niño Con la Madre ha de ir, y ambos esposos

1. Del libro *Alba en la noche*.

A Nazareth caminan presurosos  
En Jesús meditando con cariño.  
Compacta muchedumbre  
Que á la fiesta acudió, según costumbre,  
Sigue varios destinos,  
Y en dirección contraria  
Inquieta llena todos los caminos.  
¡Cuán triste y solitaria  
La Madre buscará en la nueva aurora  
Al Hijo extraviado  
Por cuya ausencia sin descanso llora!  
¡Cómo con leve paso apresurado,  
Y San José por guía,  
Volverá á la ciudad al nuevo día!  
Ambos esposos, que de pena mueren,  
Preguntan por doquier, buscan, inquietan,  
Y hallan término al cabo á sus dolores  
Al encontrar, de sabios para ejemplo,  
Al Niño Dios sentado entre doctores  
Discutiendo en el pórtico del templo.  
Y cuantos le escuchaban  
Por su vasto saber se confundían,  
Y á Jesús admiraban  
Y su divino origen presentían.

— Hijo — clamó la Madre atribulada —  
¿Por qué así con nosotros procediste?  
¡Mira cómo te busco acongojada!  
Y Jesús respondió: — ¿Por qué lo hiciste?  
¿No sabes que cumplir es mi destino  
La voluntad de un Padre Soberano  
Que marcado me tiene ya el camino? —

Y nadie entonces penetró el arcano.

Y á Nazareth volviéronse muy luego,  
Pensativo Jesús, José en sosiego,  
Y de pura alegría  
Radiante la Santísima María.

Si la Virgen así tanto se afana  
Por hallar á Jesús; si inquieta inquiere  
Dónde pudo quedar, y á la mañana  
Cuando la triste certidumbre adquiere,  
Desanda su camino,  
Entra en Jerusalén, busca anhelante  
Al Redentor Divino,  
Con el dolor pintado en el semblante;  
Si San José comparte aquella pena,  
Y sólo su ansiedad templada y serena  
Al encontrar al Niño extraviado  
A su amoroso celo confiado,  
¿Qué debemos hacer los pecadores  
Sino también buscarle con empeño  
Para hacer que terminen los dolores  
Que, dormidos, agitan nuestro sueño,  
Despiertos nos asedian  
Y nuestro afán doliente no remedian?  
De las sendas del mundo peregrinos,  
Busquemos á Jesús por los caminos  
Que la virtud indica:  
Así el Evangelista nos lo explica.  
Busquemos á Jesús sin desaliento;  
En hallarle fundemos el contento;  
Sea de las tormentas de la vida  
El puerto de bonanza,  
Y en las tinieblas lámpara encendida  
En que hemos de fijar toda esperanza.  
Busquemos á Jesús, siempre clemente:  
La Virgen y José dieron ejemplo  
De que no se le busca inútilmente  
Si en su busca acudimos hasta el templo.

(SAN LUCAS, II — v. 45, 46, 47.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

## JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII



EL Obisado de Astorga procede el documento que sigue:  
«Hace pocos días recibimos la apreciable carta, cuya copia del texto es como sigue:

(Aquí se reproduce la carta del Cardenal Schiaffino, que ya conocen nuestros lectores) y añade:  
«Nos contestamos, cual debíamos, manifestando Nuestros ardientes deseos de que la católica Diócesis de Astorga correspondiese á los de Su Eminencia, añadiendo que abrigábamos la fundada esperanza de que no andaría rezagada en el movimiento general de júbilo que toda España y todo el Orbe católico demuestran con motivo de tan fausto acontecimiento.

«El inmortal Papa reinante fué ordenado de sacerdote en 31 de Diciembre de 1837, y, por tanto,

en dicho día, fiesta de San Silvestre Papa, del año próximo venidero de 1887, cumplirán los 50 años de Sacerdocio, Jubileo Sacerdotal ó *Bodas de Oro*, que todos los católicos debemos celebrar grandemente.

«En nuestros días en que, por desgracia de Roma, los enemigos del Papa se esfuerzan en injuriarle, perseguirle y ofenderle con manifestaciones las más irreligiosas, y que, con escándalo del mundo católico y de todas las naciones cultas, con tanta frecuencia vienen repitiéndose en Italia, conviene sobremedida que todos los buenos hijos de la Iglesia, y en particular los católicos españoles, demuestren al sabio y atribulado Pontífice su veneración, su respeto y su amor filial.

«El obsequio que los católicos prestan á su Santísimo Padre, el Vicario de Jesucristo en la tierra, es, según opinión del P. Faber, uno de los obsequios que más agradan á Dios Nuestro Señor, y que mayores bendiciones atraen del cielo en favor nuestro, de las familias y de todos los pueblos.

«Varias son las obras que se proponen para consolar y festejar en aquel día á León XIII. La Comisión Internacional de Bolonia propone las siguientes: 1.ª, una alianza de oraciones; 2.ª, recolectar limosnas para el Papa, y 3.ª, procurar ofrendas de objetos de arte cristiano, de culto, vasos sagrados y ornamentos para repartir entre las misiones é iglesias pobres de la Cristiandad.

«A este fin se ha considerado medio excelente la creación de Juntas parroquiales en todos los pueblos para que, en unión de los Párrocos, procuren excitar entre todos los fieles el entusiasmo por el Romano Pontífice, y allegar la mayor suma posible de oraciones y donativos. Nós hemos dispuesto la formación de una Junta Diocesana de Caballeros y otra de Señoras en esta capital, y ordenamos al propio tiempo que se formen Juntas parroquiales en todos los pueblos del Obispado. Los reverendos Curas párrocos, ó los sacerdotes que tengan á su cargo la cura de almas, procurarán nombrarlas de tres, de cinco ó siete individuos, según sea el número de vecinos y la importancia de la población.

«Estas Juntas, en unión de los Párrocos, fijarán un día cada mes para rogar á Dios en favor del Romano Pontífice, practicando los ejercicios que estimen más convenientes, pero que celebraremos vayan dirigidos á los Purísimos Corazones de Jesús y de María. Ellos determinarán igualmente la forma de las colectas ó suscripciones de las limosnas que, con este motivo, hayan de enviarse á Su Santidad, y que serán remitidas por trimestres, así como también los objetos de arte, de culto ú ornamentación que se dignen los fieles ofrecer á nuestro Santísimo Padre, al Tesorero ó Tesorera de las Juntas Diocesanas establecidas en esta capital.

«Mas los reverendos sacerdotes encargados de parroquia evitarán confundir estas limosnas con las del *Dinero de San Pedro*, cuyos productos continuarán remitiendo directamente á nuestra Secretaría de Cámara.

«Los Conventos de religiosas, los Colegios, las Asociaciones ó Cofradías, las escuelas de niños y niñas, y las familias cristianas que quieran encargarse de preparar alguna labor, prenda de culto ú ornamento, se servirán igualmente remitirlos á las Juntas nombradas.

«Después del primer semestre de 1887, en vista del producto de las suscripciones y donativos, resolveremos la conveniencia de destinar ó no parte de los productos á la construcción de un objeto de arte que perpetúe en el Vaticano la memoria y el piadoso cariño á Su Santidad de la Diócesis Asturicense.

Fiesta de Santo Tomás Apóstol, 21 de Diciembre de 1886. — † JUAN, Obispo de Astorga.

Circular de la Junta de Señoras de Vich.

En 31 de Diciembre de 1887 se cumplirá el quincuagésimo aniversario de la primera Misa del Padre Santo León XIII.

Para celebrar tan fausto suceso, preparan los católicos de todo el orbe solemnes testimonios de amor y devoción á su Sagrada Persona, contribuyendo fraternalmente á cuatro obras comunes, á saber:

1.ª Una santa *Alianza de oraciones* para implorar de Dios el triunfo de la Iglesia y la conservación de la preciosa vida del Papa.

2.ª Una *Exposición Vaticana* de labores y productos de la industria de los fieles para regalarlos á Su Santidad.

3.ª La *Limosna de la misa*, reunida merced á pequeñas ofrendas de los católicos de todo el mundo.

4.ª *Peregrinaciones* al sepulcro de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en el Vaticano.



Al efecto, se han constituido en las diversas Diócesis Juntas de Caballeros y Señoras, encargadas de hacer los preparativos para solemnizar cual corresponde á hijos fieles las *Bodas de Oro* de su Padre común.

Las que suscriben y que componen la Junta de Señoras formada en ésta por el Excmo. é Ilmo. Señor Obispo para promover la confección de labores que han de figurar en la Exposición Vaticana, considerándose á la vez que muy honradas con tal nombramiento, insuficientes por sí solas para desempear dignamente el encargo que se les confía, tienen el honor de dirigirse á usted y suplicarle se digne cooperar y prestarles su apoyo, con donativos de labores de sus manos ó suministrándoles alguna de las primeras materias para confeccionar cuantos ornamentos sagrados requiere el culto católico en santidad y lencería, como son: casullas, estolas, amitos, manteles para altar, toallas de Comunión, corporales, lavabos, etc., etc., ó en su lugar contribuyendo con un donativo en metálico á los gastos que ocasionen dichos trabajos.

Esperan, pues, las Señoras de la Junta que, atendida su religiosidad y acendrado afecto al Vicario de Jesucristo, se servirá usted anotar en la adjunta hoja, que pasará á recoger una comisión de las mismas dentro de 15 días, á cuál de las clases que en ella se indican se adhiere usted, anticipándole al efecto las más expresivas gracias.

Doña Mercedes Caldero de Abadal, *Presidenta*.  
Doña María Puig de Espona, *Vicepresidenta*.  
Doña Dolores Codina de Font.  
Doña Antonia Vergés, Viuda de Cunill, *Tesorera*.  
Doña Josefa Mora de Comella.  
Doña Ana Cunill de Febrer.  
Doña Ana Arqués de Pascual.  
Doña Josefa Arumí de Genís.  
Doña Inocencia Bandragen de Serdá, *Secretaria*.  
Doña María Vanús, Viuda de Oñós.  
Doña Antonia Subirachs, Viuda de Genís.

Vich 20 Diciembre 1886.

*Junta manresana para promover la celebración del Jubileo sacerdotal de León XIII.*

Dr. D. Melchor Peypoch, presbítero, Cura arcipreste de la Seo, *Presidente*.

D. Antonio Prat, presbítero, Regente de Nuestra Señora del Carmen.

D. Ignacio Clará, presbítero, Ecónomo de San Pedro Mártir.

Ilte. D. Francisco Masnou, canónigo honorario de la Seo.

Ilte. D. Ignacio Canudas, id. id.

Ilte. D. Pedro Ribera, id. id.

Ilte. D. Ignacio Salí, id. id.

Ilte. D. José Santasusana, id. id.

Ilte. D. Valentin Regnant, id. id.

D. Juan Guitart, presbítero, capellán de las monjas Capuchinas.

D. Buenaventura Puigarbó, presbítero, capellán de las monjas de Nuestra Señora de la Enseñanza.

D. Juan Cucurella, presbítero, capellán de las monjas de Santa Clara.

D. Narciso March, presbítero, capellán de la Casa de la Caridad.

D. Tomás Aduard, presbítero, capellán del Hospital.

D. Francisco Escorsell, presbítero, Director de las Hijas de María.

D. Fructuoso Corrons, presbítero, capellán de la Caridad Cristiana.

D. Antonio Roca, presbítero, Director de las Teresianas.

D. José Sañé, presbítero, Director de la Asociación Reparadora de Pio IX.

D. Jaime Castañer, presbítero, Director de las Escuelas Dominicales.

D. Manuel March y Solernou, propietario y obrero de la Seo.

D. Francisco Calaff, id. id.

D. José Herp, id.

D. Francisco Torres, fabricante y propietario.

D. Jaime Armengon, comerciante y propietario.

D. José Pons, fabricante y propietario.

D. Tomás Ballvé, comerciante y propietario.

D. Jaime Armengon, comerciante.

D. Cayetano Leonart, propietario.

D. Eduardo Subirá, pintor.

D. Luis Cornet, fabricante.

D. Francisco Miralles.

D. José Gibert.

D. Juan Pujol, Presidente de la Congregación de San José.

Los católicos italianos se proponen ofrecer á Su Santidad el día de su Jubileo sacerdotal, además de ornamentos sagrados, un millón de francos para el

Dinero de San Pedro, y para este objeto hallanse ya depositados en un Banco 800.000 francos. Los antiguos oficiales del ejército pontificio han encargado á un célebre joyero de Roma un magnífico tintero que ofrecerán al Sumo Pontífice en la fiesta de sus Bodas de Oro. Dicho objeto es de plata y oro y estilo del Renacimiento, y está coronado por una estatua de San Miguel, que deja admirar cuando se le contempla de frente unos medallones cincelados que representan á San Joaquín, S. Francisco de Asís y Santo Tomás de Aquino.

Los hermanos Terciarios de San Francisco, de Italia, han abierto una suscripción para poder regalar á Nuestro Santísimo Padre, en dicho día, una fiel reproducción de la gran estatua de mármol del Serafin de Asís, que en el último centenario de este Santo fué colocada en la plaza de la Catedral de Asís.

## EL CALDEO DEL HOGAR

(Continuación.)

NADA extraño es que tantos errores se cometan al caldear el hogar doméstico, si se tienen en cuenta los múltiples elementos que se ponen en juego y el poco ó ningún cuidado que se tiene para armonizarlos. Para poner de manifiesto lo imperfecto del empleo actual de la estufa, comparémoslo con dos caldeos modelos que podemos citar, cuales son: con agua caliente el primero, y por medio del vapor el segundo. En ambos casos se hace circular la tubería por la parte baja de las habitaciones que tratamos de caldear, con objeto de calentar siempre la capa de aire que más lo necesita. En cuanto á la temperatura que adquieren estos tubos en el primer caso, nunca llega á 100 grados, y en el segundo no pasa de 110 á 120, empleando alta presión, y sin embargo de esto, se ponen las habitaciones al temple que necesitan. Con estos dos sistemas, ni se nota cargazón de cabeza ni olor alguno: lo primero, porque toda la masa de aire, según va bajando al enfriarse vuelve á calentarse; y lo segundo, que los tubos nunca llegan á la temperatura necesaria para quemar las partículas suspensas en el aire. Veamos ahora qué sucede con la estufa, comparando sus efectos con los ejemplos citados que tomamos como modelo. Mientras en éstos hacemos circular los tubos por todas las piezas para uniformar la temperatura, la estufa calienta con exceso la pieza en donde se halla y á las que calienta con su tubo *las caldea al revés de como debe ser*, puesto que en vez de circular el tubo ceñido al piso para caldear el aire más frío, sólo calienta el alto con las contingencias que ya hemos visto. Además la necesidad de activar el tiro para aumentar su escaso efecto con relación al caldeo general de la casa, hace que el cuerpo de la estufa y el arranque del tubo se pongan rojos, con la temperatura de 500 grados cuando empiezan á dar luz, ocasionando este excesivo calor el molesto olor ya mencionado. Vemos también que mientras en los perfectos sistemas citados se da un gran desarrollo á los tubos caldeadores con objeto de llegar al fin deseado, sin recurrir á temperaturas exageradas, en la aplicación de la estufa se escatima la longitud aprovechable de tubo dentro de la habitación y hasta se suprime en absoluto, como vemos en las estufas colocadas al frente de una chimenea, cuyo tubo penetra en ésta inmediatamente sin dar más calor á la habitación que el debido al cuerpo de la estufa. Lo propio acontece con esas *estufas con ruedas* de la sociedad Chouberski, de París, que se consideran como un adelanto, y realmente lo hay, fijándose en el aparato; pero que no por esto deja de ser absurdo en alto grado el sistema, en razón á que pierde por completo el calor del tubo, el cual, ó penetra en una chimenea condenada por inútil, ó se va inmediatamente al exterior por el hueco de algún balcón ó ventana. Cuando ha caldeado una parte de la habitación, se desenchufa y se lleva á otra donde nada de su calor ha podido llegar. ¿Puede llamarse sistema perfecto de caldeo el que obliga al inquilino á pasearse con el fuego de un lado para otro? No sólo no es perfecto, sino que es por demás absurdo, y, sin embargo, esto se tiene por un adelanto y por un sistema *económico* para caldear. En cuanto á ser económico, podrá serlo relativamente, si se compara con los detestables resultados de la chimenea ordinaria, como ya tendremos ocasión de ver; pero de modo alguno y en absoluto merece el calificativo de *económico* un sistema que desperdicia la mayor parte del calor, según tendremos ocasión de probar con hechos tangibles é innegables, por si no bastan las anteriores consideraciones.

Ya se ve; el vulgo sólo se fija en que con las estufas de ruedas gasta menos que con las chimeneas, y está más abrigado: luego con fundamento dice que el nuevo sistema es *económico*; mas como carece de los conocimientos necesarios para poder apreciar los graves defectos del sistema que tan satisfecho le tiene, para saber que gasta bastante más de lo necesario, sólo ante la evidencia podremos convencerle de que así puede suceder, cuando con una sola estufa fija en un sitio consiga sostener toda su casa á un temple delicioso, sin necesidad de ocuparse en andar paseando la portátil estufa de un sitio á otro.

Esperemos con fundamento que tanta satisfacción como ha recibido el inquilino al ver caldeada su casa con la estufa de ruedas mejor y con menos gasto que le ocasionaba la chimenea, recibirá cuando compare la referida estufa con el *caldeo uniforme y económico del hogar doméstico*, tal como nos lo proponemos.

En el caldeo del hogar doméstico hay que tener presente varias circunstancias independientes del aparato caldeador; pero teniendo en cuenta los puntos comunes que el sistema basado en la estufa tiene con el de la chimenea, al tratar de ésta, como vamos á hacerlo, hablaremos de todo lo referente al caldeo perfecto, y fácilmente entresacaremos después cuanto pueda relacionarse igualmente con la estufa, para tratar, separadamente de ella más adelante, cuando nos ocupemos en su aplicación al caldeo económico y uniforme del hogar doméstico.

### CHIMENEA

Al tratar de la *chimenea* como sistema para caldear nuestra morada, no nos vamos á referir simplemente al aparato que nos construye el fumista, en donde hacemos arder el fuego: tenemos que tratar además de todo lo que sucede en la casa, relacionado íntimamente con el caldeo; pues de otro modo nunca conseguiríamos nuestro intento, por cuanto el problema *no depende ó se resuelve* sólo con la chimenea, por perfecta que ésta sea, sino que es preciso el concurso de varias circunstancias ineludibles, de las que de modo alguno podemos prescindir. Esta es precisamente la causa principal del lamentable estado de la chimenea. Inútilmente se afanan en disponer un aparato perfecto, sin tener en cuenta que *por sí solo* no puede serlo. Veamos lo que hoy sucede para demostrar los gravísimos errores que se cometen, y después nos ocuparemos del modo de remediarlos radicalmente.

*Toma de aire.* — En el día, el primer cuidado de una familia que quiere vivir abrigada consiste en incomunicarse con lo exterior. No satisfecha con tener cristales en todas las vidrieras, trata de cerrar las rendijas de algún modo, *para prohibir en absoluto* la entrada al aire de la calle, patios y escalera. Al mismo tiempo pretende que la chimenea en que se calienta y la de la cocina tiren bien, para que no les moleste el humo. ¿Puede darse propósito más absurdo? ¿No conoces, inocente vulgo, que el día que consigas tu intento de cerrar herméticamente las juntas vivirás en la alcantarilla? La razón no puede ser más patente. Si cerramos por completo las rendijas y encendemos la chimenea, el aire que ésta necesita *indispensablemente* para su combustión *entrará por donde pueda*, y como no le queda otro acceso que por la bajada del excusado, la atmósfera que respiremos procederá necesariamente de la alcantarilla. En vista de lo expuesto, no hay fundamento para lamentarse de los malos olores y demás consecuencias insalubres, cuando se disponen las moradas en tan favorables condiciones para aquéllas. Si, como preceptúan las Ordenanzas municipales, se consigue que todos los excusados sean inodoros, no quedará otra entrada al aire para las chimeneas que la de la cocina, la cual, cambiando completamente de destino, servirá para extender por la casa todos los gases del laboratorio doméstico si es de las comunes, porque como el tiro de la chimenea primera es más activo que el de la segunda, por las defectuosas condiciones físicas de ésta, arrastrará el aire la que más fuerza tenga, viniendo á parar en que la chimenea del caldeo se ha convertido en chimenea de la cocina. Cuando ésta sea de las llamadas económicas, como la combustión tiene lugar en circunstancias muy distintas de la de la cocina ordinaria, el tiro que produce aquélla es enérgico, tanto como en la chimenea de caldeo, en cuyo caso ocurre lo siguiente. Ya hemos conseguido calafatear perfectamente las rendijas; hemos cerrado los excusados con aparatos inodoros, y encendemos nuestros fuegos con el propósito de que ardan bien, sin que nos molesten los olores; pero con gran asombro vemos que la casa se llena de humo, y entre una tempestad de impropiedades contra los torpes fumistas, abrimos las ventanas con más temor á la asfixia que á las pulmonías. No hay que asombrarse, por cuanto el resultado es el lógico y natu-



ral de las condiciones en que hemos puesto á nuestra habitación, pretendiendo un absurdo tan manifiesto, como el de quien, por miedo á la pulmonía, se propusiera salir á la calle cerrándose por completo y de antemano la boca y las narices. Tan descabellada sería la idea de vivir sin respirar, como lo es la de pretender, como se pretende en general, sostener uno ó varios hogares en una habitación, sin preparar de antemano una franca y libre entrada al aire.

¡Guerra al frío! leemos en algunas tiendas para anunciar la venta de *burletes*. ¡Guerra á la ignorancia! habría que escribir en todas las esquinas, para ver si de este modo nos veíamos libres de sus fatales consecuencias que por todas partes nos rodean. Con fundamento puede decirnos el aire: «No te afanes inútilmente. O renuncias por completo á disfrutar del hogar, ó me cuelas en tu casa por las juntas ó por donde tú quieras, á mí me es indiferente: yo he de entrar ó te ahogas, y de este dilema no sales.» Si después de oír tan terminante declaración el hombre persiste en su torpe manía, ¿á quién toca el reír? Si, por el contrario, el hombre, convencido hasta la saciedad de lo imposible de su propósito, y apreciando más que lo hace hoy día las ventajas de una saludable ventilación, piensa ante todo en la *toma de aire*, la cuestión cambia por completo. Entonces tendrán razón de ser los *burletes*, por más que no harán tanta falta, porque encontrando el aire entrada franca, no insistirá tanto como hoy para entrar por las rendijas; de todos modos podrán quedar cerradas, guiando la entrada del aire *por donde más convenga*. Por más que en la toma de aire ya se haya pensado, al proyectar chimeneas perfeccionadas, como por lo general se prescinde de la referida toma, es por lo que tanto insistimos en recomendar que no se mire con tal desprecio tan indispensable requisito.

Vemos, pues, que el primer error cometido comúnmente al emplear la chimenea, como sistema de caldeo del hogar doméstico, consiste en prescindir de la *toma de aire*. Ya nos ocupará ésta más adelante, cuando tratemos de remediar los errores, limitándonos por ahora á denunciarlos.

*Superficie de caldeo.* — En todo hogar en donde se quema combustible, lo más importante de todo consiste en efectuar el caldeo con el mínimo gasto que sea dable. Esto sólo se consigue procurando aprovechar la mayor parte del calórico que produce la combustión, utilizando la mayor porción posible de superficie que pueda ser caldeada. Al no ser dable prescindir de la alta temperatura con que los humos han de salir al aire para que se verifique el tiro, habremos de procurar en pro de la economía que ese desperdicio indispensable se reduzca, lo cual sólo se hace disponiendo los conductos de humo de modo que nos permitan aprovechar ese calórico hasta el máximo prudente, aumentando del mismo modo la *superficie de caldeo*. Además, se sabe que como menos se aprovecha el calórico que produce un combustible destinado á caldear el aire es *por radiación*, por sólo rendir la *cuarta parte*, marchándose con los humos las otras tres sin provecho alguno para el fin que nos proponemos. Si además observamos que la porción de aire que de preferencia se calienta es la que está de frente y contigua al fuego, y que es la destinada á ser arrastrada por el tiro, fácil es suponer que tal vez no llegue á una vigésima parte del calórico el aprovechado. Quede, pues, bien sentada la conveniencia de caldear el aire por el contacto con superficie caldeada, excluyendo por completo el aprovechamiento por radiación.

En vista de lo expuesto, si por malevolencia nos propusiéramos establecer un hogar para *caldear poco y gastar mucho*, bastaría para conseguir nuestro intento echar mano de la chimenea tal cual hoy se emplea, por cuanto está precisamente *al revés* de como debe estar para proporcionar un caldeo económico. ¿Qué de extrañar es esa unánime protesta del público que procura caldear su habitación con economía? Así se la mira como objeto de lujo: los que la utilizan lo hacen disgustadísimos al ver lo que gastan y el poco fruto que obtienen; otros menos sufridos, y resignándose á gastar más, ponen una estufa para caldear el resto de la casa á donde no llega calor alguno de la chimenea; otros, convencidos de su inutilidad económica, la apagan y se sirven de una estufa que establecen en una habitación central; otros, por último, condenando la chimenea, colocan delante una pequeña estufa, y á pesar de que ésta, como ya hemos visto, está en malas condiciones económicas, porque sólo caldea con su cuerpo y no con el tubo que inmediatamente se cuela en la chimenea; á pesar, decimos, de este grave defecto, se nota inmediatamente mayor calor en la casa y mucho menos gasto. ¿Cuáles serán, pues, las condiciones de la chimenea, cuando

estableciendo mal la estufa aun la supera en economía de un modo tan considerable! En fin, la chimenea está sosteniendo con el vecindario una lucha titánica, jugando un papel violentísimo y viéndose postergada por la estufa, lo cual es tan cierto, como *en parte injusto*, porque no se dispone bien. Veamos, si no, cómo se emplea para demostrar la verdad de nuestro aserto. Por más que algunas chimeneas de hierro permiten que el aire penetre por detrás del hogar, saliendo á la habitación después de haberse caldeado en el respaldo de aquél, desde luego que esto constituye una mejora; pero que dista mucho, aun así, de ser el *aparato caldeador económico que hay necesidad de proporcionar al vecindario*. Lo general es que sólo caliente *por radiación*, perdiéndose el resto, ó sea la mayor parte del calórico lanzado al aire con los humos, después de haber circulado por una cañería completamente empotrada en el muro, ó en un tambor sin salida, es decir, sin medio alguno de poderlo aprovechar.

ANTONIO MONTENEGRO.

(Se continuará.)

## NECROLOGIA

En Bilbao han fallecido casi simultáneamente dos ilustres sacerdotes: D. Policarpo de Ozamiz y Don Ricardo de Gárate.

Autor el primero de muchísimas composiciones literarias en prosa y en verso, su pluma, siempre elegante, amenizó, moralizando, varias revistas religiosas y científicas; verdaderamente erudito, regentó con gran lucidez cátedras en el Instituto provincial y en colegios particulares, y dirigió, con otro distinguido profesor, la renombrada Academia de la Cruz, en Bilbao.

Hombre de grandes conocimientos el segundo, ocupó puestos distinguidos, aun muy joven, en la Diócesis de Calahorra; y formada la de Vitoria, fué llamado con vivo interés á ocupar un puesto de confianza en la capital de la Diócesis, y lo desempeñó hasta que, trasladado á Bilbao, su pueblo natal, se encargó de la dirección administrativa del Cabildo de las iglesias unidas, más tarde le fué encargada la dirección espiritual del colegio de las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús; ocupando este puesto fué nombrado Coadjutor de la iglesia parroquial de San Nicolás de Bari y dejó por obediencia á su Prelado el cargo anterior, que fué ocupado por D. Policarpo de Ozamiz.

La muerte de ambos sacerdotes ha sido muy sentida en Bilbao.

También han fallecido:

En el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, el Rdo. P. Fray Matías Arostegui, religioso agustino y profesor de música en aquel Colegio.

En esta Corte, D. Manuel Amezaiguzquiere, capellán que fué del batallón cazadores de Talavera, con el cual hizo la campaña de Africa, mereciendo por su heroico comportamiento las cruces de San Fernando y de Isabel la Católica.

En Losar de la Vera (Cáceres), el cura párroco D. Pedro Ramos Alcázar.

En Jaca, el presbítero D. Jaime Mainer, párroco que fué de Abay.

En Lugo, el canónigo doctoral D. Ramón M. García Abad.

## NOTICIAS

Ya está abierta al culto público (después de ocho meses de trabajar sin descanso en su decorado) la real iglesia de la Encarnación de esta Corte, cuya dirección ha corrido á cargo del inteligente arquitecto don José de Lema.

Restaurados los célebres lienzos de Carducho, Velázquez, Castillo, Ferro, Ramos y Aguirre, por el hábil restaurador del Escorial y Real Casa, don Francisco Vicente, y realizados los demás trabajos de ornamentación, bajo la dirección del conocido pintor de esta Corte D. José Rodríguez, el templo fundado por Felipe III y su augusta esposa Doña Margarita, y edificado por D. Ventura Rodríguez, es hoy uno de los más bellos de la Corte.

A las ocho en punto de la mañana del día 2 del actual dió principio, con la bendición de candelas y procesión de rito, la misa que cantó el señor Capellán mayor, con asistencia del Cabildo de Capellanes de dicha real Iglesia. Se hallaba ya, desde las primeras horas, atestadas de fieles que, ansiosos de admirar las riquezas de la casa de Dios, habían acudido desde las primeras horas de la mañana.

Concluida la ceremonia de la bendición de candelas y misa de Comunión que con tanta devoción recibieron las Religiosas de dicha comunidad, salió poco antes de las diez todo el Cabildo á la puerta del templo para recibir al Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, el que no se hizo esperar, revistiéndose de Pontifical poco después de haber llegado y recitando las preces de preparación bajo el dosel que de antemano se le había preparado.

La orquesta estuvo á cargo del maestro D. Santos Rosado; y el Rdo. P. Toribio Minguella, comisario de los Agustinos Recoletos de Filipinas, interesó al numeroso auditorio, que pendiente de sus labios cobijábase bajo la majestuosa nave de tan esbelto templo, con un bien estudiado y mejor dicho sermón histórico de la fundación del real monasterio de la Encarnación, trayendo á la memoria á grandes rasgos la piedad y munificencia de los piadosos reyes Felipe III y doña Margarita, su esposa, como también el celo piadoso y el ejemplo de su primera fundadora Sor Mariana de San José.

Concluida la misa de Pontifical, el representante de León XIII entonó el *Te Deum* en acción de gracias al Todopoderoso; concluyendo ya cerca de la una, con las oraciones y preces que la Iglesia tiene ordenadas para dichos actos del culto católico.

Los señores Capellanes velaron de media en media hora al Santísimo, que estuvo de manifiesto hasta el anochecer, dando principio á las cuatro de la tarde á las solemnes vísperas, y concluyéndose con la bendición y reserva del Señor Sacramentado á las seis de la tarde.

La necesidad cada día más sentida y apremiante de fundar un centro que cuide de organizar un buen servicio de muchachas ha inspirado á algunas señoras pertenecientes á la Orden Terciaria de San Francisco de Asís la idea de fundar en Barcelona un Asilo titulado *Hostería de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús*, donde encontrarán seguro albergue así las jóvenes que al llegar de sus pueblos deseen buscar una buena familia para servir, como las que al ser despedidas por sus amos se ven las más de las veces expuestas á mil peligros por carecer de amigos ó parientes que las acojan interín carecen de nuevos amos. La Junta fundadora, deseando extender su benéfica acción á cuantas mujeres se dedican al servicio ó á las haciendas domésticas, amparará en su Asilo á las viudas con hijos, cuidando de la manutención y educación de éstos interín sus madres se ocupan en sus habituales tareas, evitando de esta suerte la repetición de esos incidentes tan fáciles de ocurrir cuando los niños se hallan solos, encerrados largas horas en una habitación.

Son muchas las familias de Barcelona que acuden con sus donativos en metálico ó en especie al sostenimiento del bienhechor Asilo.

El Soberano Pontífice ha designado al guardia noble Conde Francisco Giustiniani para traer á Madrid el capelo cardenalicio al Nuncio de Su Santidad, monseñor Rampolla.

El periódico *Las Misiones Católicas* de Lyon publica una carta del Africa ecuatorial, con el relato del reciente martirio de unos veinte neófitos por el rey Buganda. Habiendo sorprendido éste á uno de sus pajes, llamado Dionisio, enseñando el Catecismo á un compañero, el rey pidió su espada y le mató por sus manos. En seguida hizo cerrar el palacio, llamó al Ministro y le dijo que quería hiciese una matanza de cristianos, «Que formen á un lado los que rezan como los blancos», dijo el Ministro. Al punto el jefe de los cristianos, Luanga, salió, y luego fué seguido de varios compañeros. El rey les hizo atar, y después unos fueron quemados vivos y otros descuartizados.

## ARTICULOS RELIGIOSOS

### 25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

### ESTATUAS RELIGIOSAS OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

